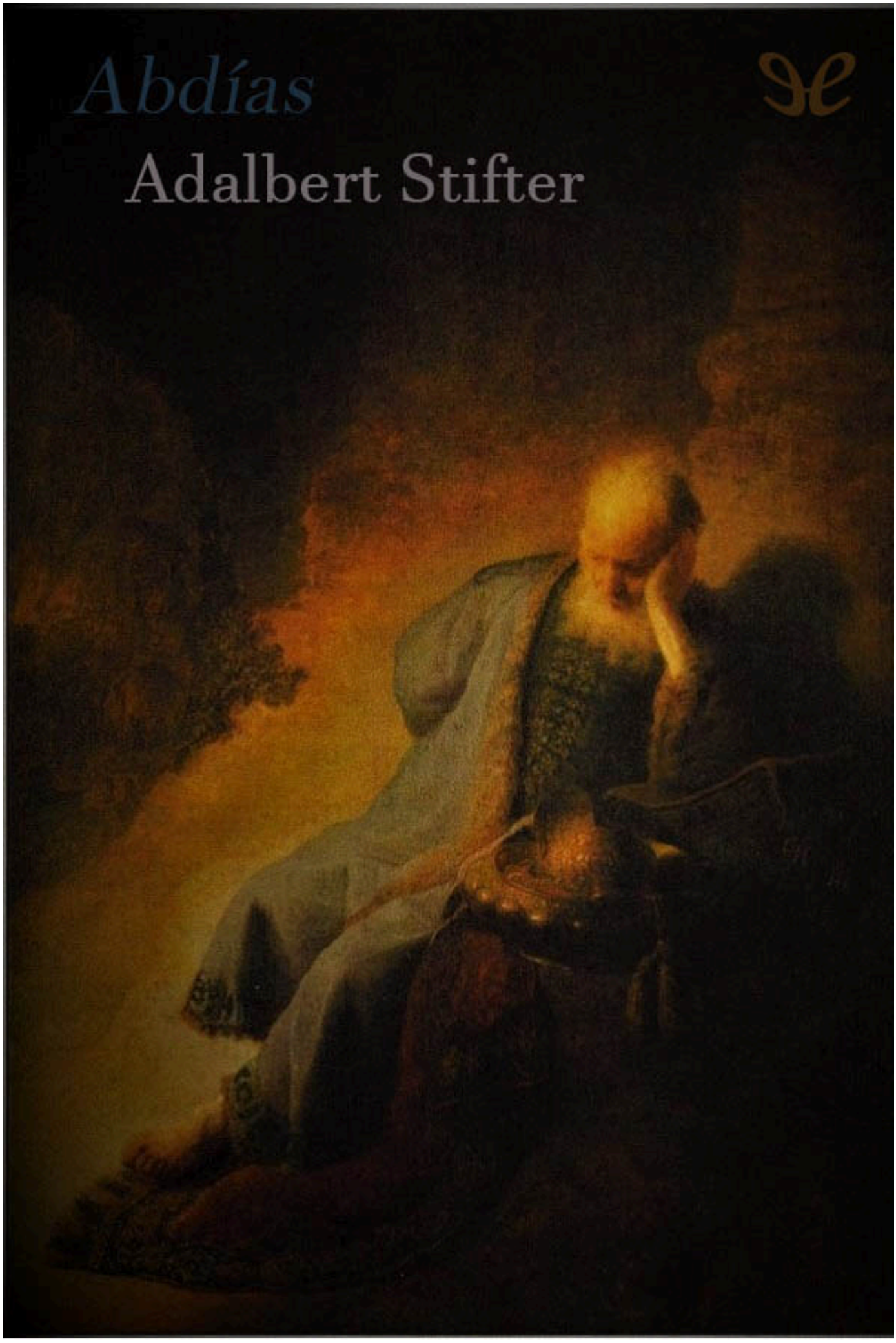
Abdías

Adalbert Stifter



Con la publicación de Abdías queremos dar a conocer al lector español a uno de los más importantes escritores en lengua alemana, pero hasta ahora prácticamente desconocido entre nosotros. La obra que presentamos es una novela corta, género en el que destacó el escritor austríaco.

El libro nos cuenta, con el carácter y la forma de las narraciones bíblicas proféticas, las desventuras del judío Abdías. Increíbles saltos en el tiempo de la historia generan lo lapidario y lo lacónico de esta narración en torno a un personaje que inequívocamente reproduce la figura bíblica de Job. A pesar de ello, Abdías no es ningún Job moderno. Es una persona que sufre, que aguanta y soporta, y no porque sea un pecador, sino precisamente por lo contrario, porque es un hombre piadoso y honesto.

Esta *nouvelle* ha sido considerada una de las más hermosas de la literatura en lengua alemana y Thomas Mann llegó a decir que su autor era «uno de los narradores más singulares, más enigmáticos, más discretamente osados, más curiosos y más seductores de la literatura mundial».

«Stifter es el escritor clave de la Europa central del siglo XIX, fruto eximio de esa época y de ese espíritu idílico y virtuoso que llamamos Biedermeier».

MILÁN KUNDERA

Adalbert Stifter

Abdías

ePub r1.0
Titivillus 13.01.2017

Título original: *Abdias*
Adalbert Stifter, 1853
Traducción: Carlos d'Ors Führer
Imagen de cubierta: Rembrandt van Rijn, *Jeremías prevé la destrucción de Jerusalén*, 1630, Rijksmuseum
Diseño de cubierta:Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

ABDÍAS

I.

Existen seres humanos cuya vida es una sucesión tal de adversidades caídas de un cielo encapotado que, finalmente, parecen anestesiados frente a ellas; pero hay otros, por el contrario, que gozan de tal inmerecida dicha y son tan obstinadamente favorecidos que parece como si, en un momento dado, las leyes de la Naturaleza se hubiesen dado la vuelta para que la fortuna les sonriese solamente a ellos. Por esta senda llegaron nuestros antepasados al concepto de *hado*, al que incluso están sometidos los dioses, mientras que nosotros hemos aceptado el de destino, algo más dulcificado. En realidad, este se vincula también a la inocencia original perdida —en la que actúan las leyes de la Naturaleza— y a algo estremecedor que, con el mismo gesto noble con el que dispensa bendiciones, se muestra al mismo tiempo terrible y amenazador, sin que nadie pueda librarse de la idea de que somos atacados por un brazo invisible. Ese brazo parece surgir de una trágica nube y realizar así, ante nuestros ojos, lo incomprensible, para recaer luego en un todo tranquilo e ingenuo como antes. Así sería, por ejemplo, en el caso de un torrente que se precipitara con estrépito en el espejo plateado del agua y en el que un niño cayese: el agua se arremolinaría luego dulcemente en torno a él sobre sus rubios rizos; el niño desaparecería y, de nuevo, reaparecería el tranquilo espejo del agua en la naturaleza. O, también, en el caso de un beduino que cabalgase bajo las oscuras nubes de su cielo y sobre la dorada arena de su desierto y le cayese un rayo luminoso sobre su cabeza, sintiendo en su cuerpo una sacudida eléctrica y escuchando todavía —ya casi inconsciente— los truenos y, luego, nada más.

En primera instancia, estos son hechos fatídicos y terribles, el último eslabón de lo que puede acontecer. Para nosotros, se trata del destino y, por tanto, de algo que se nos impone; ante todo esto, la persona noble se somete con actitud resignada, mientras que la plebe se deja arrastrar cuando sucede lo más trágico, o lo toma en vano y entonces comete una suerte de delito. Pero, en realidad, lo que se produce no es ni el hado ni el destino, sino más bien una alegre y florida cadena que circunda todo el Universo: una cadena de causas y efectos. En el cerebro del ser humano ha sido arrojada la más bella de estas flores, que es la razón. Este «ojo del espíritu» nos permite ver aquella cadena y contemplar, flor a flor y eslabón a eslabón, hasta alcanzar aquella mano última que sostiene la totalidad de la cadena. Si entonces llegamos a entender y distinguir correctamente, veremos que ya no se trata de ninguna casualidad, sino de una consecuencia; no de infortunio, sino de culpa; nos daremos cuenta de que la apatía genera lo inesperado; y el abuso, lo abominable.

El género humano, ciertamente, tiene su papel también en el devenir de los siglos, pero solo se nos han hecho presentes algunas hojas sueltas de aquellas flores que hacen que el acontecer siga fluyendo como un misterioso enigma y que siga haciendo latir el dolor en el corazón de los hombres. ¿Y no será el propio dolor una de esas flores en aquella cadena? ¿Quién podrá descifrarlo?

No vamos a seguir cavilando sobre lo que sucede con estas cosas, sino sencilla y llanamente empezaremos a narrar la historia de un hombre del que no se sabe a ciencia cierta si su destino fue un gran enigma o si más bien lo fue su corazón; en cualquier caso, es a través de los caminos de una vida como la suya por donde se llega a formular la pregunta: «¿por qué precisamente esto?»; y también a meditar, a través de sombrías cavilaciones, sobre la providencia, el destino y la última razón de todas las cosas.

Me refiero al judío Abdías, de quien quiero contaros su historia.

A quien tal vez haya oído hablar de él o haya visto algún día su encorvada figura de noventa años, sentada delante de su blanca casita, no le inspirará ningún sentimiento de amargura; pero tampoco de maldición o de bendición, aunque de ambas ha cosechado él en abundancia. En todo caso, lee atentamente,

querido prójimo, las siguientes líneas, y luego juzga acerca del judío Abdías lo que tu corazón te sugiera.

En las profundidades del desierto del Atlas se halla una antigua y enigmática ciudad romana que fue destruida y que había perdido su nombre desde hacía siglos; una ciudad de la que ningún habitante europeo sabía de su existencia hasta los tiempos recientes. Los bereberes que galopaban ante ella en sus veloces corceles y que contemplaban sus enigmáticos muros ante sí, no pensaban de ninguna manera en ella y en su misterio; o sencillamente despachaban la inquietud de su alma con un par de supersticiosos pensamientos hasta que dejaban de divisar el último trozo de muralla y dejaban de oír el último grito de los chacales que habitaban allí dentro; después continuaban cabalgando alegremente, ya que lo que de nuevo les rodeaba no era más que la conocida y bella imagen del desierto, que había llegado a ser muy querida para ellos. Únicamente compartían con el chacal su destino y su suerte. Eran hijos de un linaje del que formaban parte desde hacía cuatro mil años: aquel linaje que, desde que su primer padre emigró, hizo que ellos tuvieran que emigrar también, y en cuyo peregrinar se mantuvieron de un modo similar a quienes permanecieron estables y sedentarios en cualquier otro lugar de la tierra. Afligidos, sombríos y mugrientos judíos caminaron como sombras algunas veces en torno a sus muros destrozados, entraron y salieron, y llegaron a convivir con el chacal, al que incluso algunas veces alimentaban. Traficaban con telas y artículos de lana infectados y, en ocasiones, llegaron a traer ellos mismos también la peste, muriendo a consecuencia de ella.

A pesar de ello, los hijos asumían después con la misma sumisión y paciencia la herencia de sus padres; y continuaban peregrinando tal y como ellos lo hicieron, aguardando lo que el destino les quisiera deparar. Si algún miembro de las cabilas era asesinado y robado, clamaba toda la tribu, desparramada por el amplio territorio desértico. Luego todo pasaba y era olvidado hasta que alguien de las cabilas, transcurrido un tiempo, volvía a ser asesinado.

Así era este pueblo. Y de él procedía Abdías.

A través de un arco de triunfo romano y después de pasar por dos troncos de secas palmeras, se llegaba a unos antiguos restos de muralla cuya finalidad era ya irreconocible, y que ahora era la morada de Aarón, el padre de Abdías. Por encima de esa morada se conservaban las ruinas de un acueducto; también había ruinas abajo, ante la entrada, sobre las que había que pasar para alcanzar las estrechas puertas de la vivienda. Pero aunque pareciera que la negra bandera de la pobreza y de la precariedad ondeaba sobre el montón de ruinas de la vivienda, su interior era, no obstante, muy diferente; tan es así que Esther, la mujer de Aarón, caminaba con su propio pie sobre tapices de Persia, tan bellos como no los tenía ni la propia sultana de Estambul. Su cuerpo descansaba sobre tejidos de seda de Damasco; sus mejillas y hombros resaltaban y quedaban favorecidos por las mayores delicadezas y brillos que quepa imaginar; en especial, las maravillosas telas tejidas en Cachemira. Una escondida entrada conducía a una serie de habitaciones, en las que se habían acumulado todas las cosas que los sentidos pudieran apetecer y lo que los pobres mortales podemos considerar como la felicidad de la vida; y ya que su poseedor diariamente las iba acumulando hasta el propio umbral de la muerte, así quería él —en justicia— disfrutar también de ellas, sintiendo en su interior una espantosa voluptuosidad y teniendo que alternar la más férrea miseria y dificultad con la más tierna dulzura y deleite de todos sus ya maltrechos miembros. Era el más rico en esta antigua ciudad romana; esto lo sabían los demás, en particular las consortes de sus amigos, así como él lo sabía todo de ellas.

Pero jamás se oyó hablar de un suceso que le ocurriese a cualquier beduino de los que pasaban por allí, ni tampoco se trajo noticia alguna al harén de ningún príncipe: un lúgubre misterio se cernía silenciosamente sobre la muerta ciudad romana. Y cuando alguna vez a algunos de sus habitantes se les ocurría salir de la ciudad para conocer a otras gentes, unos eran afrentados y ridiculizados; y otros matados como chacales y arrojados a una fosa.

El mayor de los tesoros de Aarón, además de su mujer —Esther—, era su hijo: un muchacho que jugaba sobre las alfombras, un muchacho de redondos y negros ojos que estaba provisto de toda la belleza oriental de su estirpe. Este muchacho era Abdías, quien más tarde sería un hombre desdichado, pero que ahora era todavía una tierna y bella flor que había brotado del seno de Esther. Sobre estas dos riquezas acumulaba Aarón todo lo que pensaba que podría hacerles afortunados: bienes de los que él sabía que los poderosos de la tierra, los sultanes y los antiguos reyes de su pueblo, habían luchado por conseguir como los más preciados de la vida. Bien es verdad que algunas veces él vislumbraba, en horas de aislamiento, que podría haber otra dicha que se hallase en el espíritu y en el corazón; pero, no llegando a comprender su fugaz sentimiento, tuvo esto por una especie de dolor que había que alejar. El único provecho que sacó de semejantes pensamientos fue el propósito de coger un día a su hijo, cuando fuese mayor, y montarle en un camello para conducirle a Kahira a trabajar junto a un médico, para que así fuese más sabio —como en tiempos hicieron los antiguos profetas de su estirpe—. Pero fuera de eso nada más, porque ese sentimiento

cayó de nuevo en el olvido; así que el muchacho no tenía nada en lo que su espíritu pudiera desarrollarse, salvo el ancho cielo sobre sí, que él tenía por el manto de Jehová: el Dios que había creado las montañas, las nubes y todo lo demás, y cuyos hijos se reunirían con él algún día para la gloria eterna. Vamos a pasar de largo su infancia y adolescencia, puesto que no hay otra cosa que decir que se crió en la opulencia del reino y que vivió bajo el excesivo amor de sus padres.

Pero por fin llegó el día en el que también Abdías tuvo que introducirse en su destino, lo mismo que ese destino, bueno o malo, había quedado dispuesto desde hacía siglos para su pueblo; ¡y sabe Dios el tiempo que todavía lo seguirá disponiendo! A partir de ese día, el padre, Aarón, le condujo fuera, haciéndole pasar de los más ricos aposentos de los que había gozado hasta entonces a los más pobres, ya que le puso un andrajoso caftán y le dijo: «Abdías, hijo, ve por el mundo y, dado que el hombre no posee nada sino lo que puede conseguir por sí mismo, y que a cada momento tiene que volver de nuevo a obtener, y dado que este no puede asegurarse nada sino solamente la aptitud para esta obtención, así marcha y apréndela tú; aquí te doy un camello y una moneda de oro porque hasta que no hayas logrado por ti mismo tanto como para que un solo hombre pueda subsistir en la vida, no te daré nada más; si fueses un haragán, entonces no recibirías nada tras mi muerte. Visítanos a tu madre y a mí con frecuencia, y regresa cuando tengas tanto como para que un ser humano pueda vivir. Te daré entonces tanto como para que pueda vivir una segunda persona contigo: puedes traerte una esposa; intentaremos alojaros y buscaros un lugar en nuestra choza para vivir allí dentro y gozar de la felicidad con la que Jehová os bendiga. Pero ahora, sin embargo, querido hijo Abdías, yo te bendigo. Tienes que marcharte y no seas desleal al nido en el que te has alimentado».

Así habló Aarón y bendijo entonces a su hijo, palpando su cabeza con sus temblorosas manos. Lloró y sollozó intensamente mientras Esther, que se había quedado dentro de la vivienda, también lloró mucho. Abdías, no obstante, se sentó sumisamente en el camello que tenía delante, el cual, en cuanto sintió el peso, se irguió y levantó al joven por los aires; y como este percibió que, en cierto modo, se le despedía como si se tratase de un extraño, se volvió para contemplar de nuevo a su padre. Después continuó alejándose, obediente y con el corazón roto.

Con la férrea tenacidad propia de su pueblo, Abdías sufrió con la misma resignación el azote de la lluvia y del granizo en su rostro, como antes había recibido las dulces caricias del desbordante amor de su madre y el suave acariciar de sus manos en sus tiernas mejillas. Peregrinó de país en país, atravesando ríos y corrientes sucesivamente; no conocía lengua alguna, pero las aprendió todas; no tenía dinero alguno pero también lo obtuvo, escondiéndolo en lugares recónditos. Tampoco tenía formación y, no obstante, si se le hubiera podido observar en ciertas ocasiones, sentado semanas enteras en su escuálido camello, solitario y pensativo, mientras que sus ojos ardientes se clavaban en el inmenso vacío que se cernía en torno a él, se hubiera podido pensar que se había vuelto un visionario, capaz de percibir realidades divinas. Vivía en una escasez tal que con frecuencia no probaba durante varios días más bocado que una mano llena de dátiles secos, y eso resultaba para él algo inconcebiblemente bello, como si él mismo fuese uno de aquellos mensajeros celestiales que con tanta frecuencia se habían aparecido a su pueblo. Y aunque era un hombre duro e inflexible, y en ello radicaba su poder, y era además igualmente taimado frente a musulmanes y cristianos, conservaba sin embargo en su corazón sentimientos maravillosos a los que se entregaba y que no podía dominar. Era como el propio Mahoma, que también tramaba en su soledad brillantes pensamientos que luego se convertían en llamaradas que se extendían por toda la tierra. Visto desde fuera, sin embargo, fue siempre únicamente un ser tan insignificante que hasta el más necio de los turcos se creía con el derecho a propinarle un puntapié; y, de hecho, así sucedía. No obstante, en su pecho habitaba el tesoro del afecto; y ello porque, cuando por la noche, en medio de la caravana, se tendía sobre la dorada arena, entonces hacía reposar su cabeza sobre el cuello de su camello y, entre la duermevela y el sueño, escuchaba el jadeo del animal, que le sonaba como el dulce sonido de un ser querido; cuando por cualquier causa, el camello quedaba herido, él renunciaba a beber la tan anhelada agua para lavar con ella la herida, frotándola con bálsamo.

Pasó por los lugares donde había estado la antigua Cartago, la ciudad reina del comercio, contempló el Nilo y atravesó también el Tigris y el Eufrates, llegando a beber en el Ganges; pudo ahorrar y prosperar, acumulando y guardando hasta que por fin, después de quince años, retornó por primera vez desde su marcha a la olvidada ciudad romana. Llegó de noche y a pie —puesto que le habían robado el camello— con ropas horriblemente andrajosas, trayendo en la mano restos de carroña de caballo; vino tirado por unos chacales que había sujetado a su cuerpo, y así llegó al arco de triunfo romano y a los dos troncos de las viejas palmeras, que seguían estando allí. Antes de meterse en las más íntimas habitaciones de los suyos, y ante su padre Aarón, clasificó y contó en una bodega las distintas monedas que había ganado en cada país. El padre le abrazó porque era más de lo que él había esperado, le ensalzó y le bendijo. Después, sin

embargo, como si de repente se hubiese roto la cuerda que les separaba, Aarón se entregó a la dicha paterna, lloró y sollozó; palpó a su hijo por todas partes, se arrodilló, rezó y musitó, dando los más inequívocos signos del ocultado y contenido amor que profesaba hacia su único hijo, al que durante tanto tiempo había hecho soportar tanta dureza. Pero él tenía todo aquello por necesario, y ¡quién sabe si el propio Abdías en alguna ocasión no lo habría de considerar también como necesario o, incluso, como muy necesario! Se arrojó Abdías entonces sobre un montón de hierbas que había en el porche de la casa, y dejó caer las lágrimas de sus ojos, llorando con mucha dulzura y consuelo, porque su cuerpo estaba rendido hasta morir.

Después, su padre hizo que le quitaran los harapos y dispuso que le prepararan un limpio y templado baño; se le frotó los miembros con costosos y curativos ungüentos y pomadas, y se le vistió con vestiduras de fiesta. Solo entonces fue conducido ante su madre, Esther, cuyo arrebato de dicha, en cuanto le tuvo en sus brazos, no tuvo medida ni fin.

Se asombró ella de lo mucho que su hijo había cambiado, puesto que ya no era el dulce, bello y tierno muchacho que ella había querido tanto; asimismo habría que decir que también él percibió las arrugas y el implacable paso del tiempo en el rostro de su madre.

Se mató en su honor un cordero por la noche, se asó y también se dio a comer de este a la servidumbre, haciéndoles partícipes de la alegría por el regreso de su señor. Durante siete días seguidos tuvieron lugar alegres fiestas por este retorno, y ningún perro, camello o asno pasaron hambre en esos días. Incluso a los animales del desierto, que se hallaban en los lugares más apartados de las ruinas, se les dio su parte.

Y así transcurrió el primer capítulo de la dura, esforzada, pero también feliz existencia de Abdías. Pero no, puesto que en realidad aún nos queda por contar un feliz suceso: el padre, Aarón, repartió con él, como hijo único que era, sus bienes. Abdías volvió a despedirse de la casa paterna para ir a buscar a la preciosa Deborah, la de los ojos bellos, que había conocido en Baalbek y a la que no había olvidado. Esta vez, sin embargo, viajaba como un turco rico en mitad de una caravana, llevando —con las licencias de todos los señores, tan difícilmente obtenidas— todos sus bienes, que no podía ocultar en escondrijos; hubiera sido irreparable si, como el resto, se hubieran perdido.

Por todas las caravanas corrió entonces la voz de lo bello que era aquel viajero musulmán, así como de la hermosura aún superior de su esclava. Solo se acallaron los rumores en los lindes del desierto y no oyó hablar nunca más de dónde habían venido ambos. Ellos, no obstante, habían vivido en la mágica ciudad una larga serie de años, dado que su padre, Aarón, llegando finalmente a viejo, se volvió un necio, dejando pronto que su hijo hiciese lo que quisiera. Este ya no hizo nada más bajo el consejo de sus padres, sino que viajó como comerciante rico, la mayor parte de las veces con vestiduras de musulmán y provisto con pistolas y otro tipo de armas en el cinturón, trazando grandes planes, como había visto que lo hacían los más nobles señores del comercio en los países de Europa.

Se rodeaba de todo, y no —como los necios— de lo que es superfluo para la vida, sino únicamente de lo que consideraba bello y humano. A pesar de todo, su fortuna fluyó como corriente en la llanura, de día en día. Sus esplendorosos caminos le conducían cada vez más cerca y claramente al desierto que añoraba, llegando incluso a sus límites, y hasta hubiera podido decirse que habría podido colocarse un indicador de leguas que condujese visiblemente a su antigua ciudad romana.

Puede suponerse la mucha fuerza que se encerraba en Abdías para que fuera capaz de soportar las mayores durezas que pueda imaginarse —y ello durante quince años—, haciendo lo que su corazón y su cabeza rechazaba, sin suspirar ni protestar ni una sola vez, ni siquiera cuando estaba solo. Porque el respeto hacia su padre y su fuerza eran tan ilimitados, que si Aarón le hubiese impuesto como período de aprendizaje treinta años de arar la tierra, entonces Abdías hubiese arado la tierra durante esos treinta años sin quejarse ni una sola vez para, al día siguiente de haber cumplido la orden, retornar y jactarse de haber sido obediente. De cualquier forma, acumuló para sus padres tantas riquezas que pudieran serles gratas a sus sentidos, tantas como su corazón no hubiera podido ni soñar. Se humilló ante los estúpidos caprichos de su padre y soportó las insensatas reprimendas de su madre, alimentándoles, cuidándoles, atendiéndoles y mimándoles como si fueran sus propios niños. Pero sucedió lo contrario que con los pequeños, pues sus padres se volvieron cada vez más infantiles hasta que por fin se durmieron definitivamente uno tras otro para no volver a despertar más. Y hasta aquí llega en realidad el primer y feliz capítulo de la vida de Abdías, si por feliz se toma lo que el mundo considera, puesto que ahora empieza a cumplirse lo que tenía que suceder y lo que en parte él mismo había cosechado en ese lapso de tiempo. Porque si para él fue feliz o infeliz este período que vamos a contar, eso es muy difícil de dilucidar en un hombre tan reservado.

En cualquier caso, este período fue diferente al anterior; nos limitaremos a contar meramente lo que dijo e hizo, y esto es lo que intentaremos en las siguientes líneas.

2.

Tras la muerte de Aarón y Esther, los años continuaron pasando, pero fue muy distinto a como había sido antes: algo siniestro llevó la oscuridad alrededor de la vieja ciudad romana, como si un lúgubre e impalpable espectro de maldad circulase en torno a los dos troncos secos de palmera. A decir verdad, la abundancia y la prosperidad seguían reinando allí, y Abdías continuó siendo el mismo: no hubo ningún vecino, ningún esclavo ni animal alguno del país al que él no hiciese el bien; y también fue bueno con su esposa, quien pese a ser estéril, puso bajo su protección y la colmó de riquezas. Pero no obtuvo más que odio a cambio, puesto que los vecinos no soportaban que fuera tan distinto a ellos y pensaban que se vanagloriaba de su inteligencia. La propia Deborah, además, cuando él se puso una vez enfermo en Odessa y se contagió de la maligna epidemia de la viruela —que convirtió su figura en deforme y horrible— Deborah, repetimos, le rechazó cuando regresó, apartándose siempre desde entonces de su lado. Únicamente había conservado su voz, la dulce y fiel voz es lo único que trajo de vuelta a casa, no su rostro; y cuando ella se giraba repentinamente para oír su acostumbrado sonido, volvía a distanciarse rápidamente de él. Aunque trató de superarlo, fue en vano; puesto que la pobre y obtusa Deborah solo poseía ojos corporales para apreciar la belleza física y no aquellos espirituales que residen en el corazón del ser humano. De esto Abdías no sabía nada, puesto que, cuando estaba en Baalbek, no vio más que su indecible belleza; y cuando marchó, no se llevó consigo otra cosa que el recuerdo de esta belleza. Pese a que para Deborah él lo había sido todo hasta aquel entonces, al ver Abdías cómo esta reaccionaba frente a lo que le había sucedido, fue a su aislado cuarto y escribió una carta de separación. Estaba dispuesto a no volver hasta que ella le desease. Pero lo que sucedió fue que ella, que tanto tiempo había vivido a su lado, no le deseó, sino que vivió apartada de él; le fue fiel, pero permaneciendo triste cuando el sol salía y triste, en fin, cuando ese mismo sol se ponía.

Los vecinos fueron malvados con él y se rieron en su cara; le dijeron, llenos de malicia, que eso estaba escrito por Dios, que le había bendecido con el ángel de la lepra. Abdías, sin embargo calló; les hizo el bien y les ignoró de modo indecible. Así pasó rápidamente el tiempo. Él viajó y regresó como antes; buscó el dinero como antes, pero lo acarreó con ardiente codicia, dilapidándolo pronto. Sometió su cuerpo a toda clase de voluptuosidades, y cuando algunas tardes se hallaba detrás de su casa, junto a una vieja y desgarrada planta de áloe, cogía sus ya grises cabellos con ambas manos, y le parecía añorar las frías y húmedas tierras de Europa. Como si allí fuese distinto, como si hubiese sido más dichoso antaño, como si conociera lo que allí los sabios sabían y, en fin, como si pudiera vivir como allí vivían los hidalgos. Después reflexionaba y meditaba, y miraba de lado cuando la sombra de la triste Deborah aparecía en la esquina de las ruinas de una muralla y se afligía cuando ella no le preguntaba lo que estaba pensando. Pero se trataba de meros pensamientos pasajeros que él no podía atrapar: como si fueran copos de nieve que, al caer, pasan derritiéndose ante los ojos de aquel que atraviesa el Atlas. Cuando Abdías se sentaba de nuevo en lo alto, llevando las riendas, mandando y dominando, entonces era otro hombre: en su horrible rostro brillaban de placer sus bellos ojos de antaño —que todavía conservaba—; sí, en aquellos momentos sus ojos aparecían todavía más bellos, y ello aun cuando él se sintiera sacudido por la fiereza de los hombres, de los animales y de las circunstancias. Ante él se desplegaba la magnitud y audacia de las acciones y empresas que proyectaba y que, al final, acababa desarrollando. Era verdaderamente el rey de las caravanas. Aunque sus ambiciones y perspectivas —respeto, consideración y autoridad—, de las que carecía en el ámbito doméstico, las proyectaba en buena parte en el futuro, se recreaba en ellas, y ello a pesar de que sabía muy bien, al mismo tiempo, que estas eran solo el dorado resplandor de un espejismo: el último rayo de luz que

brillaba sobre su cabeza y en todos sus miembros. Pero él se recreaba en esta situación y la revivía con frecuencia. Cuanto más se comportaba ante los demás como dueño y señor, tanto más era obedecido por los otros. Era como si tuviese, por decirlo así, un derecho añadido. Cuanto más ejerció este dominio para con los subordinados durante largo y prolongado tiempo y antes de enviar a su amo las bolsas de oro que este le exigía, tanto más parecía que saciaba su sentimiento de poder. Sí, en el camino que él emprendía entonces, alejándose de su amo a través de Libia, saboreaba la felicidad de las dificultades que se le presentaban. Comerciantes, vagabundos y maleantes de todo tipo se habían reunido en una inmensa caravana a la que se unió Abdías con sus recién estrenadas armas.

Desde que era feo, amaba el esplendor. Fue al séptimo día de la marcha, cuando ya no había nada en torno a él más que arena del desierto y negra piedra, cuando de repente apareció una nube de beduinos. Antes de poderse preguntar qué sucedía, resonaron los estallidos de los fusiles y aquellos beduinos de Damasco se echaron encima de la caravana. Todo era confusión, llanto y gemido. Pero, en ese momento, el enjuto judío se irguió en su montura y dio a gritos la orden de luchar: ellos aceptaron y obedecieron. Y, aunque él no sabía a ciencia cierta lo que podría suceder, percibió el rayo de su propio sable y sintió el vértigo de la lucha al ver cómo se tambaleaban ante él los cuerpos de los beduinos, que caían sangrando de sus caballos. Por unos instantes se quedó atónito y desconcertado, pero cuando cayó ante él el segundo beduino y poco después el tercero, y al ver cómo su gente también perecía, surgió en él el instinto salvaje. El demonio de la muerte se apoderó de él con más fuerza cada vez que el brillante acero golpeaba al enemigo. Y hasta tal punto llegó su embriaguez de sangre que, una vez alcanzada la victoria, mientras unos huían y los otros imploraban clemencia de rodillas, él seguía todavía enfurecido, hundiendo su cuchillo en el corazón de aquellos que le imploraban. El rostro lleno de cicatrices de Abdías brillaba como una llama de fuego; sus venas resaltaban y sus ojos sobresalían como dos carbones ardientes.

Sin embargo, aquel hombre que poco más tarde casi había dado la vida en aras de un animal, seguía siendo el mismo que ahora, con el grito de victoria, arrojaba asqueado el sable empapado en sangre. Un turco, acurrucado allí cerca, no comprendió este gesto y lo interpretó como una orden: limpió el puñal en su propio caftán y se lo entregó entonces de nuevo a su valiente emir. Este, sin embargo, sintió en lo más hondo de su corazón el desprecio más profundo y absoluto. Posteriormente, al reanudar su marcha, consideró que si mataba a su amo, el príncipe, y si él mismo llegaba a convertirse en príncipe, si llegaba a ser sultán y consiguiese conquistar y someter la tierra entera ¿qué sucedería?

Su corazón se llenó entonces de un desprecio mortal por la nimiedad y la mezquindad de todas las cosas humanas, y ello aunque estas le atraían de forma aciaga como si su posesión fuese la verdadera felicidad.

Aunque él no era ni príncipe ni sultán, a lo largo de todo aquel camino le fue acechando aquella sombra del diablo, que le habría de acompañar desierto arriba y desierto abajo.

A veces, cuando cabalgaba por el monótono desierto, percibía en su corazón un misterioso sentimiento: como si tuviese que darse prisa, como si algo le anunciase que en su casa había sucedido algo terrible. Pero ¿qué podría haber sucedido en su casa?

Y así siguió vagando durante varias semanas antes de llegar a divisar en el horizonte el azul de las montañas del Atlas, mientras el demonio del infortunio le seguía acompañando. No obstante, después de que las caravanas se hubieran dispersado y tras una noche de brillante cielo estrellado, al ver aparecer nuevamente ante sus ojos las ruinas de las murallas de su ciudad —que él conocía tan bien—, el demonio opresor le abandonó, evaporándose en el aire por encima de su cabeza para que sucediera lo que tenía que suceder.

Abdías contempló entonces una azulada y débil neblina sobre la ciudad hechizada, como un velo de nubes que surgían a lo lejos. Cuando se aproximó, en la derruida ciudad reconoció una ciudad aún más destruida. Los míseros cimientos de madera que un día se habían levantado estaban desparramados, humeantes y carbonizados. Una vez que logró llegar hasta el arco de triunfo, contempló cómo algunos extraños estaban sacando de su casa hasta lo último de sus joyas y de sus enseres. El delegado del príncipe, aquel mismo al que Abdías había entregado pocos días antes con mofa y desprecio el dinero que había de pagar como deuda, ese mismo, mientras ataba el caballo a las palmeras, se burlaba de Abdías. Al pasar este por delante de él, le mostró los dientes con un desprecio desalmado y un odio indescriptible. Pero Abdías no le hizo caso y entró en su vivienda. Allí se encontraban algunos vecinos que se sorprendieron sobremanera, puesto que creían que Abdías había muerto. Le apresaron, le golpearon, le escupieron en el rostro y le dijeron a voz en grito: «Has mancillado tu propio nido, has traicionado tu propia morada y se la has entregado a los buitres. Porque fuiste un desertor que huiste bajo falsas vestiduras, te ha encontrado el Señor y te ha castigado y a nosotros juntamente contigo. Tienes que resarcirnos y devolvernos multiplicado por diez todo lo que nos fue robado». Y lo cogieron y lo arrastraron de acá para allá, y quisieron continuar

maltratándole. Pero entonces llegó un servidor del príncipe y gritó: «Dejad marchar al bravo judío; de lo contrario, cada uno de vosotros será en verdad ajusticiado siete veces; dejadle marchar, os digo, porque es un verdadero perro que no tiene mayor valor que la milésima parte de cualquiera de vosotros». Entonces ellos se echaron para atrás y le dejaron.

Los mercenarios requisaron las vestiduras de Abdías y le cogieron todo lo que había traído del viaje. Él lo soportó todo pacientemente, y después dijo el delegado: «Que te vaya bien, noble comerciante, y termina ya los intereses que tengas en nuestra ciudad». Con risas y gritos le dejaron marchar, mientras él siguió soportando esto también sufridamente, girándose, como un tigre burlado y lleno de temor, para no ver aquella mofa.

Pero como viera que ellos seguían allí en la puerta, dio un brinco, arrancó las pistolas del cabestraje del camello, volvió a irrumpir dentro y gritó con furiosa voz a los que todavía se hallaban en el cuarto: «Al que de vosotros permanezca un instante más aquí, o al que haga ademán de quedarse el último, le mato con este arma, y a su compañero con la otra. Que pase luego lo que sea, ¡alabado sea el Señor!»; y saltó hasta el fondo de la habitación. Su horrible rostro brillaba con enorme resolución, sus ojos se le salían de las órbitas; sí, algunos llegaron incluso a asegurar, algo más tarde, que les había parecido ver un resplandor sobrenatural por encima de su cabeza, y que hasta se le habían erizado los pelos. «De ti, Meleck, me ocuparé en otra ocasión; ahora no tengo tiempo», murmuró con su más rabiosa furia interior cuando salieron. Ya fuera, meditaron por unos instantes y se dijeron: «Es verdad que este hombre nos ha llevado a la desgracia, pero igualmente puede —porque medios y caminos no le faltan— hacer que nos recuperemos de nuevo y que nos hagamos más ricos que nunca. Dejadle vivir».

No obstante, lleno de ira, como una hiena de las montañas, Abdías no les perdonó y les enseñaba los dientes. Pero cuando salió el último, respiró honda y largamente. Después se dirigió a los aposentos interiores para buscar a la pobre Deborah. Allí no había ya ni tapices ni alfombras, sino que los desnudos muros milenarios tenían el aspecto de un cementerio de saqueo y muerte. Encontró a Deborah —¡y he aquí qué extraños son los caminos y designios de la vida!—, que había dado a luz precisamente esa misma noche una niña, nacida prematuramente por culpa del temor que tenía su madre. Esta la sostenía sobre el montón de paja en el que ella misma estaba echada. Él, sin embargo, se encontraba en ese momento tan aturdido y atónito como si hubiera recibido un terrible golpe en la cabeza. Por unos momentos le pareció que debía escapar y dejar que la niña fuera arrojada a la amenaza mortal de los soldados. Sin embargo, cogió a la niña y corrió hacia la esquina de la cueva, escudriñando directamente el suelo y las grietas de los muros por si hubiera algún peligro.

Entonces se rió repentinamente, y gritó: «¡Oh, insensatos! ¡Sesenta veces insensatos!». Después cayó de rodillas y oró: «¡Jehová, alabanza, gloria y honor a ti desde ahora y por siempre!». Se postró después ante Deborah, puso a la niña en sus brazos, se inclinó hacia ella y la consoló, dado que no había ninguna criada ni comadrona que la pudiese ayudar. A continuación, acarició su rostro demacrado y casi envejecido. Ella le sonrió de nuevo por primera vez tras cinco años y le miró con la misma mirada noble y melancólica de antes, como si su antiguo amor hubiese retornado. Entretanto, a través de la puerta rota, asomaba de vez en cuando la abominable cabeza de un vecino. En un primer momento, Abdías no prestó atención, porque solamente tenía ojos, en medio de tanta miseria, para experimentar la mayor felicidad de este mundo. Cuando se acurrucó junto a su esposa en la dura tierra y tuvo en sus brazos a la minúscula criaturita, sintió ya dentro de su corazón como si viviese el comienzo de aquella fortuna que había esperado en la ilustrada Europa y que en los últimos tiempos tanto había añorado al imaginar las alegrías del sultán y los placeres del soberano. Pero ahora se trataba nada menos que de la pura felicidad ansiada; una felicidad que hacía, como jamás había imaginado, inmensamente suave y dulce lo inefable. Deborah cogió sus manos, las apretó con ternura, las besó y las miró dulcemente. Mientras el rostro de él se volvía visiblemente más bello ante sus ojos. Ella le comunicó lo que sentía, llegando a conmoverle y llenándole de alegría. Mojó ligeramente sus labios con un poco de vino y agua; luego se quitó sus vestiduras y la abrazó estrechamente contra su pecho puesto que, por estar muy pálida, creía que tenía frío. Más tarde sacó de entre sus dispersas pertenencias de viaje un recipiente en el que siempre llevaba consigo un espeso caldo de buena sopa, encendió el fuego con aguardiente, preparó el caldo y le dio a beber un poco. Ella, después de elevar sus ojos cargados de sueño hacia su rostro, cayó rendida en un plácido y dulce sueño.

Abdías quiso aprovechar el tiempo para buscar en la habitación todo lo que pudiese serle útil para la casa hasta que Deborah se restableciese. Entonces quiso ver si encontraba a uno de sus criados o criadas para que velasen por Deborah mientras él iba a buscar los alimentos necesarios para los días siguientes. Cuando rebuscaba entre antiguas alfombras y vestidos, pero mirando continuamente con desconfianza y recelo hacia la puerta que no se podía cerrar —ya que la cerradura había sido forzada— se deslizó

sigilosamente en el interior de la habitación su esclavo Uram, oriundo de Abisinia. Uram se arrojó al suelo y miró fijamente y con temor a Abdías, ya que esperaba ser castigado terriblemente por él, y ello porque, cuando llegaron los saqueadores, se había escapado muerto de miedo junto con los demás. Pero Abdías, por el contrario, en vez de un castigo, había pensado para él un premio. Y ello porque había sido el primero en retornar a la casa.

«Uram —exclamó él con dulzura— acércate y escucha lo que voy a decirte». Alegre, el joven se levantó de un salto y le miró sorprendido. «Te regalaré cien trajes de terciopelo rojo y cien sombreros de plumas —le dijo Abdías—; te haré capataz y vigilante de todos, si llevas a cabo exactamente lo que te voy a decir. Mientras yo esté ausente, tienes que velar por Deborah, tu dueña enferma, y por esta niña. Siéntate aquí; veamos: aquí tienes un arma, es una pistola; tienes que sujetarla firmemente y, si entra alguien y quisiera tocar o molestar a la mujer o a la niña, dile que se marche; que si no, le matarás. Si no se fuera, sostén el arma, mira por la mirilla, apunta y aprieta el gatillo metálico. Dispárale hasta que caiga muerto. ¿Lo entiendes bien?».

Uram asintió y se sentó en el suelo en el lugar requerido. Abdías salió fuera, armado con la otra pistola, pero no había un alma en las restantes habitaciones ni en el vestíbulo, tampoco bajo el arco de triunfo ni junto a las palmeras. Los soldados se habían marchado, los vecinos también; todo estaba en el más absoluto silencio. Mientras tanto, el día estaba avanzado y —lo que en este clima es insólito— una gris y fina lluvia caía sobre la tierra.

Abdías respiró aire fresco y se pasó suavemente la mano mojada por la frente. Después se subió a un resto de muralla y contempló lo que se divisaba a su alrededor. Pero no había nada que ver salvo el mismo cuadro de las ruinas primigenias. Brillaba, como si fuera un límpido barniz, agua pura que manaba continuamente y por todas partes. Vagó entre los silenciosos muros y paredes, a través de toda clase de arcos, corredores y naves, ante praderas de flores de áloe y húmedos mirtos; y cuando pensó que pronto tendría que abandonar para siempre estas tierras, un callado dolor y una profunda añoranza, como si tuviese que separarse del mismísimo paraíso, se deslizó en su corazón. Su próximo objetivo era buscar algunos vecinos, aunque solo fuera para apaciguar primero su ira y resguardar y proteger su casa. Y ello porque él pensaba, y con razón, que su atolondrado e incauto vagabundeo por el mundo había conducido al infortunio a su reservada y astuta gente. Por eso meditó que como retribución, y para resolver así rápidamente todos estos asuntos, les entregaría unas cantidades de dinero que pudiera sufragar, de modo que, cuando volviese a recobrar su poder y autoridad, se los pudiera reclamar. Entonces estos aceptaron exultantes su propuesta y le alabaron como a un David o a un Salomón; le alabaron al igual que antes le habían despreciado y maltratado, y como lo ha hecho este pueblo desde siempre con sus sabios y sus reyes. Él no dijo ni una palabra ante sus aclamaciones, porque lo que le urgía ahora era preservar el tesoro de su mujer y de su criatura, así como encontrar a la borriquilla —puesto que necesitaba leche para su esposa y para su hijita—. No obstante, salió apresuradamente, cogió a la borriquilla de las riendas y la ató en la azotea. La lluvia caía ahora con más insistencia. Pese a que Abdías había cubierto con su piel y su túnica a Deborah, y aunque ya estaba completamente empapado hasta los huesos, no dio importancia a este hecho y continuó buscando entre las ruinas a sus criados desaparecidos. Buscó sobre todo a las criadas, pero no las encontró. Le parecía oír sus voces y las llamó con insistencia por todas partes, pero no le contestaba nadie más que su propio eco, que resonaba en las bóvedas de los muros. Después de llamarlas, se hizo de nuevo un silencio de muerte. Solo se oía el suave murmullo de la lluvia. Esperaba encontrarlas en su casa, y se apresuró hacia allá, pero tampoco las encontró allí, puesto que le habían tomado por un mendigo y habían huido. Él lo comprendió y aceptó con resignación su suerte como algo completamente natural y comprensible, y aceptó ponerse él mismo al servicio de Deborah y cuidarla hasta que se curase.

Pero ¡ay!, desgraciadamente ella no necesitaba ya de cuidados, porque cuando él se había marchado, no la había dejado únicamente dormida —como creía— sino agonizando. Sí, aquella infeliz mujer se había desangrado como un animal desamparado. Ella misma no sabía que iba a morir; al darle Abdías un caldo reconfortante, se sintió muy fatigada y cayó en un profundo sueño del que no volvió a despertar. Cuando Abdías entró, el aposento continuaba solitario. Uram, sentado en su lugar como una estática figura de bronce, seguía con los ojos y la pistola orientados hacia la puerta. Ella, mientras, yacía como una pálida y bella figura de cera, con la mirada fija, detrás de Uram. A su lado, la criatura dormía dulcemente y movía sus diminutos labios con suavidad, como si estuviese mamando. Abdías le dirigió una mirada de temor y se acercó sigiloso. Repentinamente percibió nítido el peligro que ella corría y del que antes, por no haber pensado en ello, no se había percatado. Se le escapó un débil grito y, echándose las manos a la cabeza, dio un salto, le quitó a Deborah su abrigo de piel y —por si aún vivía— puso una pluma de ave ante sus labios para ver si todavía respiraba. Pero no, ella ya estaba muerta. Su rostro seguía siendo el mismo que cuando,

antes de quedarse dormida, le había mirado con agradecimiento. Pero, desgraciadamente, ella estaba muerta, aunque parecía casi increíble puesto que su rostro continuaba tan sereno y plácido como antes. Sí, incluso le parecía aún más bello que antes, como si en su rostro muerto reapareciesen los rasgos de su juventud. Pero la realidad es que ella estaba muerta. Abdías cesó por fin en sus intentos de reanimación, se levantó y empezó a vagar nerviosamente por las naves y estancias de la casa.

Sus húmedas vestiduras se le habían pegado al cuerpo y empezó a sentir frío en sus huesos. Sin embargo, no buscó algo con que abrigarse, sino que siguió vagando de un lado a otro y clamando al cielo con sus manos. El joven Uram tampoco pronunció palabra alguna, sino que permaneció sentado en el suelo siempre en la misma postura, mientras seguía todos los movimientos de su amo. Así transcurrió algo más de una hora.

Entonces se movió por unos instantes muy lentamente la criatura, pero enseguida volvió a dormirse. Abdías recobró el ánimo, se fue al cuarto contiguo, se despojó de las vestiduras mojadas que llevaba puestas y buscó entre los harapos la mejor vestimenta que pudiera ponerse. Luego subió a la azotea donde había dejado a la borrica; la ordeñó y cogió algo de leche para alimentar a su hijita. Una vez que la infeliz criatura bebió con avidez un pequeño sorbo, miró a Abdías, abriendo y cerrando de cuando en cuando sus ojillos. Le brotaron entonces algunas lágrimas, que fueron las primeras de su corta existencia. Cuando la criatura ya estaba saciada y movía sus diminutos labios cada vez con menor fuerza, y cuando volvió por fin a quedarse dormida, Abdías la apartó de los brazos de la madre y la dejó en una cunita que había hecho con ropas en un nicho de la muralla. Después se sentó junto a la pequeña y un caudal de lágrimas brotó incontenible e irreprimiblemente de sus ojos. No podía dejar de pensar a cada instante en Deborah: la veía aquella tarde en Baalbek, bajo el cielo abrasador que caía sobre todas las habitaciones, mientras el ave del paraíso extendía su plumaje bajo el mismo cielo; veía cómo ella le había mirado prolongadamente con sus jóvenes y grandes ojos; veía cómo la había ido a buscar y cómo ella le había seguido tan alegre, mientras que él la conducía a los patios de su padre, que la había bendecido y ayudado a subirse al camello. Era como si no hubiese transcurrido ni un solo día desde entonces y como si la quisiera todavía como entonces. Era también como si ella siguiera queriéndole del mismo modo que siempre, como si ella todavía siguiera viviendo. Él permaneció sentado en el oscuro rincón, mientras en la estancia reinaba un silencio de muerte. Nada más se escuchaban sus continuos gemidos.

Cuando al fin se hizo casi completamente oscuro, salió fuera y dijo: «Uram, vete, querido muchacho, deja el arma, aquí ya no hay nada que vigilar. Enciende la antorcha de hachón, dirígete a las vecinas y a las plañideras; diles lo que ha sucedido aquí y que deben venir y lavar a Deborah, ungirla y vestirla con bellos vestidos para llorarla; comunícales también que tengo todavía cinco monedas de oro que les entregaré».

Cuando el muchacho hubo encendido la antorcha y se hubo marchado, Abdías se encontró desamparado en la oscuridad. Era como si ningún ojo humano pudiese divisarle. Después, sin embargo, se echó junto a Deborah y la volvió a besar en los labios. Ahora sí que estaban muy fríos. Se levantó y permaneció de pie y asustado junto al cuerpo muerto de su esposa. Tenía el presentimiento de que ella fuese a moverse o que volviera a respirar. Pero ni se movió ni respiró, sino que por muchos segundos que pasaran, mostraba la misma postura y la misma mirada fija. Tampoco la criaturita se movía, como si también hubiese muerto. Necesitaba encender una vela para contemplarla bien, pero la criaturita yacía en un profundo y saludable sueño; solo se podían ver unas pequeñas y claras gotitas de sudor en su pequeña frente, y ello porque él —para protegerla— había cubierto a la pequeña con demasiadas telas. Así hallamos a este hombre: su larga sombra se proyecta sobre el cadáver, acerca sus ojos a la carita de la pequeña por si puede así descubrir en ella los rasgos de la muerta. Pero no, no los descubrió.

El esclavo Uram tardó mucho tiempo en volver, como si hubiese necesitado de esta ocasión para poder abandonar aquel lugar de intranquilidad. Por fin se aproximó a la puerta un confuso murmullo de voces y Uram entró en el cuarto a la cabeza de una muchedumbre compuesta en su mayoría por mujeres, que enseguida lloraron y gimieron, mostrando su condolencia, Solo eran unos curiosos que buscaban con ansiedad cada desdicha para complacerse en ella y para observarla con embobada contemplación.

Solo había allí un ser realmente conmovido: Mirtha, la cuidadora de Deborah, una mujer que le había dedicado todo su cariño cuando esta tuvo la misma enfermedad que su marido. Cuando los saqueadores habían irrumpido en mitad de la noche, ella había huido de pánico con los demás, pero nada más oír lo que le había ocurrido a su ama, se sobrepuso a todo temor hacia el aborrecible Abdías y regresó. Corrió sollozante y gritando, mientras se arrojaba encima del cadáver de Deborah; sin cesar le rogó a Abdías que la perdonara. Después se abrazó a sus pies e imploró que la castigara. Él, sin embargo, le dijo que se levantara y que debía ocuparse de atender a la criatura. La condujo donde estaba su hijita y ella se sentó inmediatamente junto a la niña, dispuesta a protegerla de cualquier mano o mirada extraña. Las todavía

húmedas lágrimas en los ojos de Abdías querían volver a brotar cuando los presentes gritaron: «¡Ay, qué desgracia!, ¡qué miseria!, ¡qué desdicha!». En el momento en el que se agolpaban para ver y tocar a la muerta, Abdías gritó lleno de rabia: «Dejadla descansar, ya no os concierne eso, vuestra ocupación ahora debe ser lavarla y ungirla, ponerle vestidos de fiesta, colocarle sus joyas…; eso es lo que quisiera deciros, pero ya no tiene joya alguna. Ved cómo han sido abiertos todos los camarines y relicarios; coged, no obstante, lo mejor que encontréis; cubridla con los más bellos tejidos posibles y enterradla del mejor modo». «Ay, con su Padre Celestial será para ella distinto —añadió en voz baja— y Él la habrá acogido ahora en el paraíso, y ella le estará contando todo lo que ha pasado con Abdías y lo que ha sido de él». Estas últimas palabras las dijo para sí, dirigiéndose a un rincón donde quedaba oculto por la sombra que proyectaba la aglomeración de mujeres a través de las dos únicas antorchas que iluminaban el cuarto. Ellas, sin embargo, murmuraban entre sí, manifestando lo duro y misterioso que era este hombre. Más tarde llevaron las plañideras el cadáver a la habitación contigua y recogieron agua y la calentaron; lavaron el cuerpo y lo ungieron y, seguidamente, sacaron de todos los baúles y cofres lo que no había sido robado y la vistieron.

Pero Deborah, ay, fue vestida como la mujer de un hombre pobre, y así tuvo que subir al paraíso con su Padre Celestial. Ella había gozado de poca dicha en su matrimonio, y las amargas lágrimas que Abdías derramó por ella en su tumba ya no las podría ver. Fue enterrada en el preciso momento en el que de los labios de los presentes salieron algunas palabras de bendición y bondad en su memoria, mientras maldecían ocultamente a su esposo, que fue quien en verdad la llevó a la tumba. Sin embargo, él regresó, ajeno a todo esto, a su solitaria vivienda.

Y con el relato de este sepelio finaliza el segundo capítulo de la vida del judío Abdías.

3.

El nacimiento de una criatura hace variar no solo el destino de un hombre, sino también el de muchos. Pensemos por un momento que semejante maravilloso acontecimiento no hubiese sucedido, y que Deborah hubiese continuado detestándole sin morir. Él hubiese sido simplemente aniquilado por su altanero orgullo, y ella se hubiese puesto aún más triste. Él se hubiese convertido entonces en un mendigo; y así, en la inmensidad del desierto, en su corazón se hubiera acabado seguramente por cocer el proyecto de venganza contra el ladrón de Melek y contra la ruindad de sus viejos amigos. Seguramente esta habría sido su venganza: azuzar varios chacales africanos —de entre los muchos que habría dispuesto para llevarla a cabo — y después de haber transcurrido hasta veinte años en prepararla. Esto es de presumir, teniendo en cuenta la férrea paciencia y tesón que caracterizaban a Abdías, así como el ardor por el que, en algunos momentos, se dejaba arrebatar.

Cada amanecer los propios vecinos temían que él les traería finalmente algún día la fatalidad. Se sorprendían ante un hombre tan especial, al que no comprendían, tanto porque era muy desprendido, al entregarles semejantes sumas de dinero, como porque era muy tranquilo y alegre cuando no había nada que pareciera que el tiempo iba a traerle. A pesar de todo, se sentían inmensamente tranquilos en aquellos momentos hasta que ocurrió un acontecimiento que contaremos más adelante.

El corazón de Abdías, sin embargo, en lugar de cocerse en el veneno de la venganza, fluía en la dulce leche del amor. Había olvidado todo y daba gracias a Jehová todos los días por embargar con tan encantadora y dulce corriente de tiernos sentimientos su corazón de hombre. No entendía cómo podía querer con tanto ardor una realidad tan insignificante como una criatura recién nacida, alguien de quien ni siquiera podía decirse todavía que fuese un ser humano, alguien que ni siquiera era un animal.

A pesar de ello, él estaba allí de pie, contemplando a este minúsculo ser, cogiéndole los deditos, que apenas sabía mover. No se saciaba de mirarse en aquellos ojitos que entonces estaban abiertos y que eran de un color maravillosamente azul; un misterioso azul que le resultaba extraño, dado que tanto Deborah como él tenían ojos orientales de un negro profundo. Pero estos ojitos todavía no sabían mirar, sino que simplemente se hallaban abiertos. El poder del mundo exterior era todavía para la criaturita como un gigante recién nacido y muerto. Para él, esta pequeña cosita era un sagrado enigma, algo brotado de su propio ser y que aún se le presentaba como algo misterioso, como una desconocida y divina revelación. Todo su ser había cambiado; ahora sí temía a la muerte y cuidaba de su salud. Los vecinos y el mundo de alrededor habían desaparecido en cierto modo para él, y solo de vez en cuando emergía —en su actual nube luminosa— la siniestra imagen de Melek.

Iba otra vez siempre con ropas viejas y él mismo cuidaba de su casa y de su comida; mantenía a la borrica, puesto que con su leche caliente podía alimentar a la pequeña Ditha (la niña se llamaba Judith, nombre puesto por su madre Deborah). Ditha es como la llamaba Mirtha, quien nunca se apartaba, ni de día ni de noche, de esta criatura indefensa. Ella y Uram eran los únicos que habían permanecido junto a Abdías, con la diferencia de que ella, además de amar a la criatura, amaba todavía más al padre, al que antes, uniendo al odio de Deborah el suyo, había detestado. Uram, no obstante, amaba a Abdías, pero no se preocupaba por la criatura.

Los otros criados, que antes gozaron de una vida agradable en casa de Abdías, no habían vuelto a aparecer. Habían exigido con insistencia el salario que les debía a través de desconocidos, aunque en vano. Intentaron exprimirle hasta el máximo, a él, un hombre ahora sumamente arrogante y que antes había sido con ellos tan sumamente cortés. Pero él se limitó a vender los restos de harapos viejos que poseía, enviando

las ganancias obtenidas con una irónica sonrisa. Esta burlona sonrisa les roía a todos por dentro como un gusano, y les producía desasosiego. Pero todo esto tenía un significado verdaderamente muy diferente.

Acaeció algo, a lo que antes hemos aludido, que produjo un gran alivio en toda la colonia. Este suceso fue la partida de Abdías de su ciudad. Dado que él consideraba a Ditha con la fortaleza suficiente como para emprender un viaje, la encerró durante un día en el sótano en el que había muerto Deborah. Una vez que se hubo asegurado cuidadosamente de que nadie le espiaba, se situó en un rincón, sacó de su pecho unos afilados utensilios de cortar y arrancó, con un afilado instrumento, una piedra de las junturas del muro. En el hueco había una pequeña cajita de cobre, toda oxidada por fuera pero recubierta de seda y lana en su interior. En ella había unos papeles. Los sacó y los frotó con un polvo blanco durante un rato de forma que quedaran lisos y sin arrugas.

Entonces envolvió cada uno de esos papeles en un fino paño de seda, impermeable al agua, y lo cosió en diversos sitios bajo los pliegues de su caftán, que estaba compuesto de toda clase de viejos y sucios harapos. Después cavó con una pala de mano en diversos lugares hasta que aparecieron varios montones de monedas de oro, que cogió con sus manos y dejó a un lado para que los ladrones, si venían alguna vez, las encontrasen y no siguiesen buscando. Una vez hecho esto, allanó de nuevo el suelo, colocando acto seguido la caja vacía y los utensilios en el hueco de la pared. Volvió a colocar la piedra con sus propias manos. Cerró las junturas del muro con una especie de cemento, consiguiendo que no se distinguiese del resto de la pared.

Después de realizar todo esto, se arrodilló en medio de la estancia y rezó. Días después le hizo un regalo al esclavo Uram y le despidió, dándole como razón un negocio que tenía que resolver. Sentó a Mirtha junto con la niña en la borriquilla, se ató las sandalias a sus pies y condujo al animal hacia el desierto.

Pronto les circundó una atmósfera densa y dorada que les envolvió en el resplandor y el calor del sol. Tanto para él como para Mirtha había traído un recipiente que contenía un espeso caldo. El animal portaba agua y su propio alimento, mientras que él mismo llevaba su blanca capa árabe y una bolsa de frutos secos. De esta manera, Mirtha, la segunda madre de Ditha, no iría tan cargada. Él no la consideraba en absoluto un animal de carga, ya que se dio cuenta de que ella sentía un gran cariño y amor por aquel pequeño ser, que cuidaba y alimentaba.

De igual modo, el animal seguía caminando con verdadera paciencia y obediencia a través de las profundas y cálidas arenas del desierto, que quemaban sus pezuñas. Cuando Abdías le proporcionaba agua, este le miraba con sus grandes ojos cargados de afecto. Mirtha se ocupaba solo de la niña, sin dirigirle a él una sola palabra y hablando, en cambio, con la niña. También Abdías permanecía siempre callado, mientras sentía el dolor de sus pies heridos. Solo de vez en cuando dirigía una mirada hacia la cestilla sobre la que, cubierta con una tela, dormía Ditha.

Al segundo día de camino divisaron ya las azules montañas (su destino próximo), que se alzaban con grandeza y nitidez en el horizonte del desierto. No obstante, permanecieron en el desierto todavía el día entero. Solo cuando se produjo la rápida puesta de sol, propia de aquel clima, se dieron cuenta de que no tenían ante sí nada más que un panorama verde. Únicamente había allí plantas verdes y hierba para Cola —así se llamaba la borriquilla—, al igual que un claro manantial para ellos tres. Abdías hizo de su manto, como en la noche anterior, un lecho para dormir; y arropó en él a Mirtha y a Ditha. Como lo hacía en sus años de juventud, él se echó sobre la arena desnuda.

Cuando despuntaba el amanecer, fue despertado por extraños sonidos. Era para él como si soñase que tenía treinta años menos y como si se despertase en medio de una caravana. Cuando abrió sus ojos, vio realmente ante él un camello que resollaba al frescor de la mañana en el desierto.

Pues durante la noche había recibido una inesperada visita: la de un hombre que yacía en el suelo, hundido en un profundo sueño y con las riendas del camello atadas a sus brazos. Abdías se puso en pie de un salto. Apenas podía creer lo que estaban viendo sus ojos: se trataba del joven Uram, terriblemente agotado por la fatiga. Su rostro estaba tan desencajado como si en aquellos dos días se hubiese vuelto diez años más viejo. Cuando se le despertó, volvió a la realidad.

Lo que había sucedido fue que cuando el muchacho, al quedarse solo en la casa, se dio realmente cuenta de que Abdías le había abandonado, robó inmediatamente al judío Gad su camello, y fue en busca de aquel. Las monedas de oro, que Abdías le había dado, las guardó en lugar seguro para alimentar al camello. En un primer momento reconoció a lo lejos las huellas de la borriquilla, pero estas fueron desapareciendo paulatinamente en la blanda arena. Cuando las hubo perdido del todo, tuvo que perseguirle sin rumbo de acá para allá para ver si divisaba algún punto negro en la amarillenta y reluciente llanura o, por lo menos, para encontrar de nuevo el camino. Pero entonces se sintió tan sediento y agotado por el calor que no podía ni ver. El suelo empezó a nublarse ante sus ojos y entonces se agarró fuertemente con ambas manos al

camello. Este, que era mucho más fuerte que Uram, siguió caminando en línea recta durante toda la noche hasta llegar al manantial, donde se hallaban los fatigados viajeros que buscaba.

Abdías dio en primer lugar algo de alimento al joven Uram, quien, según sus cuentas, no había probado bocado en las últimas cincuenta horas. Después le apartó los cabellos de su oscura frente y le dijo que ahora podía quedarse a su lado. Abdías se sentía un tanto arrepentido ante el joven por no haberle llevado consigo.

Y así partió el grupo, incrementado ahora con uno más, hacia las montañas. Evitaron topar con cualquier choza y con cualquier ser humano, a través de las solitarias sierras y de los ocultos desfiladeros. Buscaron frutos para alimentarse e hicieron fuego para calentarse por la noche, así como también para defenderse de los leones o de otros animales del desierto. Y así fueron caminando durante veintiocho días.

La alegría brillaba como un rayo de sol en el corazón de Abdías porque la pequeña Ditha estaba sana y el aire enrojecía sus mejillas como una tierna manzana. No encontraron durante estos días hombre ni animal alguno, excepto el vuelo de alguna solitaria águila que se cimbreaba sobre ellos en el aire. La felicidad los había acompañado como si un esplendoroso Ángel de la Guarda extendiese sus alas sobre sus cabezas.

Finalmente a la temprana mañana del día vigésimo noveno, cuando seguían marchando sobre una superficie yerma, cambió bruscamente el color del paisaje. En el querido horizonte del amanecer que habían visto tantas veces y bajo la luz perlada del cielo, yacía un desconocido monstruo. Cuando Uram abrió repentinamente los ojos, vio unas estrías o bandas de un azul oscuro, casi negro, en una tremendamente larga y recta línea que rompían, como una corriente, la luz del aire. Era tal su anchura que parecía como si de pronto fuera a abatirse sobre las montañas. «Esto es el Mediterráneo», dijo Abdías contento. «Detrás está Europa, el continente adonde nos dirigimos».

Sus dos acompañantes se asombraron ante la nueva maravilla. Cuanto más continuaban acercándose, más se desplegaban las maravillas del líquido elemento. A mediodía de esa misma mañana, cuando alcanzaron el borde de esta meseta, esta maravilla se precipitó ante sus ojos bruscamente hasta colocar el mar a sus pies. La oscura y boscosa costa de África corría a través de la húmeda orilla, y una ciudad blanca —con incontables puntos blancos de casas de labranza— les contemplaba. El saludo de despedida era tan bello, que parecía que las tristes arenas de estas tierras que abandonaban llamaran a sus hijos para que regresaran.

A Abdías se le partió el corazón; cuando tras muchas semanas de espera, se hallaba en la casa flotante con solo Uram a su lado, puesto que Mirtha le había abandonado —a causa de un amor que había hallado en la blanca ciudad—, cuando por fin empezaba a desaparecer la costa boscosa, miró hacia oriente y pensó en Melek, que era lo único que dejaba atrás. Pero cuando la tierra firme empezó a sumergirse como si fuera una vana leyenda y cuando solo se movían las olas como escamas de plata, entonces se sentó y hundió sus ojos en los rasgos de su hijita.

Durante todo el viaje no la dejó ni un momento de los brazos, puesto que ninguna cuidadora quería seguir al pobre hombre pordiosero, aun cuando este buscó atraerlas con las suculentas ofertas que pensaba reunir en Europa; ninguna confió en él. Por esta causa a todas horas del día —que ahora transcurría lentamente— podía verse la misma imagen: el hombre sentado y sosteniendo a su criatura en brazos, como si ambas figuras fueran ingrávidas y de hielo. Él la alimentaba, cuidaba de ella y la limpiaba como una madre a su hijita. Cuando alguien se reía de él o se burlaba, Abdías callaba y sonreía, mientras Uram, que estaba sentado en el rincón al que había sido postergado, derramaba amargas lágrimas por su causa. Así sucede siempre con los infelices y excluidos: que tienen que aprender a valorar el único sentimiento que les es dado: privarse de las miles de suaves hebras de ese bienestar con el que los corazones de otros se hallan diariamente cubiertos y revestidos. Abdías callaba y sonreía. Su único sentimiento —que le embriagaba enteramente— era el miedo a que surgiera una nubecilla en el cielo que pudiera traer en cualquier momento una tempestad. A un día le sucedía otro, bello y maravilloso. Un dulce viento jugaba con las velas y soplaba con un hálito de esperanza, mientras el destino brillaba tranquilamente sobre el velamen del barco. Y ello porque aún no había llegado su hora o, peor aún, porque, sin percatarse de ello, Abdías llevaba consigo el infortunio.

Y así hasta que una tarde pudo divisarse, entre las azules aguas, la resplandeciente y amigable costa de Europa que él tanto había anhelado: aquí era donde Ditha y él pensaban encontrar su salvación y su felicidad. El Océano empujaba el barco con sus suaves olas, aproximándose cada vez más a la costa, en donde algunas manchas iban destacándose por encima de la superficie oscura, viéndose luminosas franjas de paisaje y, al anochecer, una hilera de palacios apareció en la oscuridad de la bahía.

Transcurrido el tiempo de espera en que el barco tuvo que permanecer en el puerto para demostrar que

no traía enfermedad contagiosa ni epidemia alguna, cuando toda la gente y las mercancías hubieron desembarcado, algunos se asombraron y otros se rieron al ver a un enjuto y horrible judío sobre la cubierta del barco. En vez de maletas llevaba una criatura recostada en su pecho. Tras él iba un muchacho casi desnudo, como si fuese una delgada, móvil y oscura figura de metal, que iba tirando tras de sí a una borriquilla medio hambrienta. Por detrás de las tres figuras se adivinaba el sempiterno gris del desierto y de la lejanía, recordando ese extraño y descompuesto colorido con el que suele verse aparecer igualmente a los animales salvajes de la región. La gente se asombró al principio al verles, pero pronto los desconocidos se diluyeron en la corriente del bullicio humano de aquellos parajes.

Vamos a dejarles por unos momentos para mostrar el paraje en el que volveremos a encontrarles. Existe un valle muy solitario y lejano en nuestra bella patria (quizás alguien que lea estas líneas conozca muy bien ese valle; pero son miles las personas que nada saben de su existencia, y ello porque, como hemos dicho, es un lugar muy solitario). Tal valle no es atravesado por ningún camino por el que puedan transitar los caminantes. Tampoco existe allí corriente de agua alguna por donde puedan navegar los barcos ni tesoros o bellezas en el paisaje que puedan atraer el interés del viajero.

Y así parece haber sido desde décadas, sin que un viajero errante haya llegado a pisar el verdor de sus prados. Sin embargo, un dulce atractivo de soledad y de silencio permanece en el paisaje; un alegre tejido de rayos solares se extiende a lo largo de la verde pradera, como si sobre aquel lugar brillase con especial amor y dulzura. En el tiempo al que nos referimos, el valle estaba totalmente deshabitado; pero ahora se levanta allí en sus verdes prados una pequeña y preciosa casa blanca, con algunas chozas alrededor. El resto está totalmente deshabitado, como antaño. Una suave pradera en hondonada, casi sin árboles, aunque salpicada aquí y allá con roquedales de piedra gris, daba la impresión de un blando lecho. Por una parte parecía que ese lecho estuviera cerrado por un conjunto de sucesivos promontorios —en cuya cima se hallara un bosque de pinos que destacaba como una franja oscura sobre el cielo—; por la otra, destacaban lejanas montañas, recortadas en el azul del cielo. Fuera de eso, no había nada más, excepto el verdor del campo y el gris de la piedra; el estrecho arroyo, que fluía abajo, no resultaba visible ni siquiera estando atentos al mismo a una distancia moderada.

Al norte de este valle comienzan otra vez las zonas cultivadas, particularmente el lino. Nuestro valle, sin embargo, tal y como sucede frecuentemente entre los cultivadores del campo, tenía fama de estéril, aunque no se hizo nunca tentativa alguna para ver si esto era cierto o no. Por esta razón permaneció sin cultivar durante siglos. Solo lo atravesaba una senda, por la que los habitantes de una aldea muy lejana solían pasar para ir a su iglesia los domingos.

Pues bien, fue este solitario valle el que ahora eligió como hogar Abdías en su peregrinación por Europa. Decidió de inmediato permanecer en él, sobre todo porque su entorno le recordaba por su asombroso parecido a un valle de Mesopotamia que rodeaba lateralmente aquel lugar. Allí circulaba la tradición de que podría haberse hallado la muy antigua ciudad de Nínive, salvo que aquí en la llanura mesopotámica no se divisaba un azul tan alegre sobre las montañas.

Por eso se asombraron tanto los habitantes de aquella aldea de montaña cuando un domingo, al atravesar el valle pedregoso, encontraron que allí se abría el paisaje. Vieron esparcidas por todas partes, piedras, vigas y diversos materiales para la construcción de una casa. Cuando pasó el siguiente domingo, y el siguiente y otros más, la construcción fue efectivamente avanzando hasta que, al final, una sencilla casa blanca de un tamaño medio apareció en el verdor del campo. Junto a ella se dibujaba además un incipiente jardín. Ante la pregunta del cuándo y cómo, se respondía siempre que un hombre desconocido y extraño mandaba construir todo aquello. Cuando aquella casa blanca estuvo finalmente terminada, los viandantes que pasaban por allí —sin preguntarse más— se acostumbraron a ella, así como a las piedras que estaban dispersas alrededor y que destacaban en el verdor de los prados.

Porque Abdías, en efecto, como imaginábamos, había descosido sus billetes ingleses de su viejo caftán y los había empleado en parte para construirse aquella casa, para comprar el terreno apropiado y para vivir con el resto como un hombre acomodado, manteniendo y educando a Ditha. Además, por ser judío, envió una letra de cambio a nombre de un antiguo comerciante con el que estaba adeudado por una cantidad de igual valor. Pero esto no tiene ninguna importancia para el devenir de nuestro relato.

Por aquella época —a la que nos referimos en esta historia— en la que llegamos por casualidad a ese valle, atraídos por el carácter misterioso de algunas de sus piedras, aquella casa estaba ya construida desde hacía tiempo. Abdías vivía allí ya desde hace muchos años y nos acogió. Ya habían sucedido allí además los dos sucesos asombrosos que a continuación vamos a relatar.

El final de esta historia lo conocimos en realidad muchos años después, cuando visitamos el valle con más detenimiento con la intención de volvernos a encontrar con aquel singular personaje. Él, sin embargo,

ya había fallecido.

Por lo que se refiere a estos dos extraños sucesos que he citado, tenemos que decir lo siguiente: ya hemos advertido, con ocasión de la travesía en barco, que Abdías llevaba consigo el infortunio sin percatarse de ello. Antes de que se instalase en su blanca casa, ya creyó presentirlo: Ditha era retrasada mental puesto que, si bien tenía apenas dos años, ni siquiera alcanzaba a mostrar los signos humanos propios de un bebé de seis meses. Sus rasgos eran indeciblemente bondadosos y bellos, y en su rostro se desarrollaba día a día y cada vez más la imagen viva de su padre, que todavía seguía siendo joven y bello. Solo se añadían, matizados y mezclados, algunos leves rasgos de la madre. Pero no se percibía animación en sus rasgos ni movimiento alguno en sus miembros; todavía no podía caminar ni mostraba signos de poder hacerlo; no movía ni cogía nada con sus manos, sino que las mantenía casi siempre juntas, moviendo de vez en cuando levemente sus deditos. Por lo general, siempre se mantenía quieta, sin mover un músculo de su bello rostro: se quedaba rígida mientras sus bellos ojos permanecían abiertos y fijos, tanto que parecían vacíos y sin vida. Tampoco llegó a hablar, sino que solo balbuceaba extraños sonidos cuyo significado nadie alcanzó a entender jamás. Por lo demás, estaba siempre en silencio y lloraba en muy pocas ocasiones.

Abdías se hallaba en su nueva casa, tan solitario como nunca, y ello porque el joven Uram no se pudo acostumbrar a tan extraño clima desde el primer año. Estaba más solo que nunca antes lo había estado, puesto que en la imagen de su propia hijita y en la de su recordada y querida esposa, hubiera querido él mirarse y envolver el gozo de una vida idealizada: una vida que se le había negado; una vida cuyo anhelo le había llevado a Europa. Pero en esa imagen que él amaba sobre todas las cosas de la tierra y que constituía su única ilusión y más íntima y desaforada pasión, no encontraba esperanza alguna.

Ante él solamente existía una realidad engañosa: en la cunita solo aparecía el rostro inanimado de siempre, con los mismos ojos inmóviles y la misma belleza. Conforme fuera creciendo, la niña seguiría postrada y él continuaría sentado a su lado, mirándola año tras año hasta que él mismo muriera. Y aún después seguirían inmóviles sus facciones, porque la criatura no se daría cuenta de que alguien había muerto a su lado. El anciano padre recién fallecido, se asemejaría entonces plenamente a su joven y bella hija. A Abdías le parecía imposible creer en esta nueva y sorprendente fatalidad. La única esperanza que albergaba era la de una posterior evolución, muy poco probable. Pensó que cuando él pudiese descansar en su blanca casita, intentaría probar todos los procedimientos imaginables para despertar y reavivar el alma dormida de su hijita. Dado que había conseguido que le sirvieran personas desconocidas y había logrado poner en marcha la administración de su casa, se puso manos a la obra: la habitación y la cama de Ditha se convirtieron en el centro de su vivienda. Después se esforzó en atender incansablemente a la niña. Y, como un meteoro luminoso, se le ocurrió entonces de repente una idea; era una idea que le rondaba en la cabeza, un pensamiento que, aunque terrible, podría traerle más felicidad de la que —en las actuales circunstancias — hubiera podido imaginar. La cuestión era la siguiente: descubrió que el único movimiento con que Ditha se expresaba era al escuchar sonidos. Él tenía una preciosa campanilla de plata ante cuyo sonido, cuando él la tocaba, ella sonreía. Cuanto mayor era la frecuencia con que él lo hacía, más dulce y expresiva era su sonrisa. Y cuanto más se repetía este atrayente sonido, más lo solicitaba ella. De hecho, lloraba hasta que este comenzaba a sonar de nuevo, era entonces cuando ella cesaba de llorar y se callaba. Algo así como una alegría y, aún diríamos más, como un gesto de comprensión, brillaba entonces en su rostro. Pasó repentinamente en ese instante, como un rayo por el cerebro de Abdías, el pensamiento de que ella podría estar ciega. Él la sometió a diversas pruebas, pinchándola con una aguja en la mano, que ella retiró de inmediato. Después, la pinchó de nuevo, y ella volvió a retirarla.

Más tarde se limitó a mover la aguja ante los bellos, grandes y azules ojos de la niña, poquito a poco y cada vez más cerca, hasta casi tocarlos. Pero esta vez no se produjo movimiento alguno por su parte. Le aproximó a continuación carbón ardiente, que movió ante su rostro muy cerca y en círculos; pero ninguna reacción se produjo en ella. La misma vacía impasibilidad permanecía en sus ojos, extremadamente bellos.

Todo quedó claro entonces y a él se le cayó el alma a los pies: evidentemente, la pobre niña era ciega. En su perpetua noche aquella misteriosa alma estaba totalmente sola y desamparada. Nadie podía saber lo que necesitaba y sentía. Acudieron entonces médicos y más médicos a la casa, pero en vano. Tras un largo período de esperanza y desesperanza, se dio por concluido todo intento; y a la paciente criatura no se la sometió a más pruebas.

En lugar de comenzar con una crianza que desarrollase en lo posible las condiciones de la criatura, Abdías cayó en el extravío de la ilusión y de la desesperación. Tanto por necedad como por la esplendidez de su corazón, se le ocurrió crear un inmenso reino alrededor de la criatura: un reino en el que, una vez que él muriese, pudiese ella tener quien la cuidara y la quisiera.

Que ella pudiese estar rodeada de todo deleite y disfrute de que su otra mente lograse alcanzar, aun

cuando pudiese carecer de los placeres de una persona sana mentalmente.

Se volvió avaricioso y despidió a todos los servidores, incluso a una criada que cuidaba a Ditha y al guardián de la casa. Él mismo se privó de todo lo habido y por haber; caminaba con viejos harapos y se alimentaba muy mal. Sí, al igual que antaño en su época de aprendizaje, cuando tenía quince años, comenzó a corretear y a cazar para hacerse con muchas ganancias. Cuantos más días pasaban, se parecía cada vez más, en cierto modo, a un animal de rapiña.

Como un fantasma que se hubiera asentado en su cerviz, le asaltaba el pensamiento de su vejez y de su ya cercana muerte. Cuando llegaba la noche, se precipitaba fuera y vociferaba de tal modo que hasta el mismo perro se arrastraba hasta su pequeña choza y el turón a su guarida. Así marchaba la encorvada y oscura sombra del judío a través de los campos. A veces llamaba a las ventanas de los vecinos pidiendo cobijo para dormir, algo que con frecuencia se le concedía —casi siempre de mala gana y a regañadientes— o que se le denegaba, puesto que se había convertido en la genuina representación del aborrecimiento y de la abominación. El infortunio de su hijita era para él como la justa sentencia de Dios contra la desmesurada tacañería de su padre. Sus servidores israelitas le engañaron; cuando un vecino cristiano pasaba por delante de su blanca casa, se hacía varias veces la señal de la cruz o se aferraba al crucifijo que llevara.

De todos los seres visibles de su alrededor, tan solo uno le amaba; y solo con él no era avaricioso: se trataba de Philo, el perro, que Abdías, porque era ciego y porque habían matado a su madre, había recogido una vez y le había criado. Este perro era su compañero inseparable: estaba siempre con ellos y no apartaba los ojos de ambos como si lo entendiera todo. También él quería a Ditha, de tal forma que estaba inquieto y gruñía cuando otro que no fuera Abdías la tocaba o se acercaba a ella. En los días que permanecía en su casa y se hallaba en el cuarto de Ditha, Abdías contemplaba el rostro de la niña y le hablaba, enseñándole palabras cuyo significado ella no conocía. Siempre agradecida por los regalos que él había puesto en sus manos, buscaba ella, una y otra vez con sus deditos, las duras mejillas de su padre para así acariciarlas. Emitía misteriosas palabras que Abdías, como siempre, no comprendía, puesto que procedían de ese mundo interno que ella iba construyendo poco a poco.

Cuando se hacía de noche y antes de que se fuese a dormir, Abdías se sentaba a menudo en su butaca de cuero mientras el animal colocaba su peluda cabeza con intenso afecto sobre sus rodillas. Cuando nadie le veía, el anciano casi le abrazaba entonces y le hacía toda clase de carantoñas. El ciego cariño que Abdías tenía a su perro, hacía que otorgase al animal inteligencia humana. Este perro era el mismo que le acompañaba en aquel período de febril actividad al que hemos aludido anteriormente y en el que sucedió el combate con los beduinos.

A continuación queremos adelantarnos en el tiempo y relatar brevemente la muerte de este perro. Sucedió en un momento en el que justamente en muchos lugares de aquella región se habían dado muchos casos de rabia canina. Abdías viajaba aquel día hacia su casa y lo hacía cabalgando sobre un mulo y acompañado como siempre por su perro Philo. En un bosque, a pocas millas de su casa, advirtió en el animal un especial desasosiego. Emitía sonidos extraños, corría por delante de un lado al otro y se movía inquieto. Cuando Abdías se detenía, se volvía repentinamente y se apartaba del camino por donde venían. Cuando Abdías seguía caminando, volvía a ponerse delante y seguía con la misma actitud. Por otro lado, sus ojos brillaban de forma extraña, como Abdías nunca los había visto brillar, de tal manera que produjeron en Abdías una angustiosa preocupación. Esto se convirtió en certeza cuando llegó a un pequeño riachuelo al que conducía el camino por el que transitaban. El perro no quiso atravesarlo y, aún más, en sus mandíbulas mostraba un ligero espumarajo. Volviéndose entonces con furiosa rabia, mordió las patas del mulo. Abdías pensó entonces que no había tiempo que perder, sacó su pistola berberisca y apretó el gatillo. Casi ciego y atormentado por el dolor, solo fue capaz de ver cómo el animal se tambaleaba y sangraba. Entonces, desconcertado, siguió cabalgando a través del agua del arroyo. Solo después de casi media hora, al echar en falta el cinturón de monedas de plata que traía consigo, se dio cuenta del terrible fallo cometido por habérselo dejado olvidado en un lugar del bosque.

Regresó corriendo tan rápidamente que encontró enseguida el arroyo. Philo ya no estaba allí; solo había rastros de sangre. Abdías siguió buscando y encontró al fin el lugar y el cinturón, así como al pobre perro moribundo junto a este. Philo, mientras tanto, hacía inútiles intentos por menear la cola de alegría. Dirigía sus vidriosos y moribundos ojos hacia su amo y, más aún, cuando este se abalanzó hacia él, llorando, le dijo palabras cariñosas, buscando las heridas para curárselas. El perro quería lamer la mano de su amo con su mortecina lengua. Pero ya no le fue posible; pocos minutos después, estaba muerto.

El dolor y la rabia del irritado judío no tenían límite; se arrancaba los blancos cabellos mientras profería terribles maldiciones. A continuación sacó la segunda pistola de su funda y la sujetó fuertemente entre sus dedos; y si no hubiese sido porque Ditha estaba allí, se habría saltado allí mismo, movido sin duda por el

furor de su sangre africana, la tapa de los sesos. Había recogido su cinturón diez veces y otras diez veces lo había vuelto a tirar y pisotear con sus pies. Lo hubiese arrojado al vacío, de no haber sido propiedad de Ditha. Finalmente, al anochecer, volvió en sí. Con la sangre del animal muerto, que había manchado todas sus vestiduras, entró en su casa ya en los albores del amanecer. Al día siguiente contrató a dos hombres para que le acompañaran, retornó con ellos al lugar del bosque en que había muerto el animal; y allí mandó enterrar al perro en su presencia.

Más tarde contrajo una enfermedad de la que no pudo curarse en mucho tiempo, aunque esta enfermedad se convirtió precisamente en uno de los momentos cruciales de su felicidad, de entre los varios que ya hemos señalado. Después de su curación, acaeció aquel otro milagro de la naturaleza que queremos contar por encima de todo y que da fin a este período de incomprensible afán y descabellada pretensión.

Estuvo enfermo durante largo tiempo y no podía ver a Ditha; pero también esta pasó algunas semanas delicada de salud y, frecuentemente, padecía un misterioso temblor en sus miembros. El mismo médico asistía y trataba a ambos. Cuando Abdías estuvo de nuevo sano y restablecido, mientras se hallaba sentado en su cuarto ocupado con cuentas y proyectos, sobrevino una tempestad que produjo un espantoso y ensordecedor impacto sobre la casa del judío. El rayo fue a caer en la habitación de Ditha y, misteriosamente, a pesar de haber atravesado techos y suelos —lo que produjo un denso polvo en la habitación y fundió los barrotes de hierro de la jaula del pájaro negro que Ditha tenía y cuyo canto le alegraba tanto—, dejó curiosamente vivo y sano al pájaro. Cuando Abdías se precipitó en su interior, encontró también a Ditha ilesa. Pero en sus facciones se podía observar una espantosa agitación, como de pavor y espanto de muerte. Cuanto más se acercaba Abdías a ella, para ver lo que le había sucedido, ella gritaba con mayor virulencia, como si un monstruo fuese a abalanzarse sobre ella, agitando las manos como para rechazarle. Una delirante suposición emergió entonces en la mente de Abdías. Corrió al hogar de la cocina, sacó un pequeño tronco incandescente y lo movió balanceándolo ante sus ojos. Ella gritó de nuevo, agitó intensamente las facciones de su cara y, en un momento determinado, siguió con los ojos el resplandeciente círculo que iba trazando la ardiente astilla. Pero seguía habiendo espanto en sus facciones. El médico no estaba presente. Abdías corrió tras el guardián de la casa y le dijo que le daría mil florines si corría tanto como un caballo y traía al médico. Tuvo la inteligente inspiración de dejar la habitación de Ditha a oscuras; se sentó en la cama donde estaba la niña y le dirigió dulces palabras de amor y cariño para apaciguar poco a poco el espantoso y colosal aturdimiento de las primeras impresiones. A ratos, sin embargo, tenía que levantarse y caminar despacio de un lado a otro; después se colocaba las manos sobre la cabeza o las entrelazaba haciéndolas crujir —como crujen el hierro o la madera— para desviar así su propia excitación interna.

Poco a poco fue tranquilizándose; también Ditha se fue apaciguando. Y a la tempestad siguió la calma. Después de que ella medio adormecida le hubo contado la impresión que le habían causado los cercanos y ensordecedores sonidos, así como los descompuestos y sordos ruidos que se habían producido en el cuarto, sus cansados párpados se cerraron a los nuevos y aún desconocidos tesoros que la visión le ofrecía. La niña se durmió dulcemente en la benevolente oscuridad a la que estaba acostumbrada. Fue entonces cuando él soltó suavemente su mano de las suyas y se dirigió fuera, al jardín, para rezar. Era el atardecer. La misma tormenta que había causado el milagro de la visión a Ditha, había destruido con el granizo el tejado de su casa. A los vecinos les destruyó las cosechas. Pero Abdías no había escuchado nada. Ahora todo había terminado y todo estaba en calma; el sol se había puesto ya y las praderas brillaban en el oro del atardecer. La tempestad se hallaba ya en el este, y un bello arco iris se extendía al fondo.

Después de medianoche llegó finalmente el deseado médico. Ditha había vuelto a tener aquel temblor en sus miembros, que se prolongó durante mucho tiempo. No obstante, se fue curando poco a poco y vio por primera vez en su vida. La habitación se fue iluminando cada día más hasta que al fin desapareció el último velo que había en sus ojos. Ante sus minúsculos ojos apareció entonces la tierra en toda su grandeza y el cielo infinito. Pero ella no acertaba a comprender que esto no formaba parte de sí misma, sino que era algo externo y distinto. Tuvieron que pasar días y semanas y lunas hasta que su corazón llegó a entender esta nueva maravilla.

Este acontecimiento fue el primero de los dos hechos milagrosos que antes prometimos contar. Hasta que lleguemos al segundo hecho al que hemos aludido, seguiremos refiriendo sus vidas, ahora enriquecidas.

Comienza en este instante el capítulo más bello de la vida de Abdías y será ahora cuando él viva la existencia humana en su dimensión más verdadera y real.

Si algunos años atrás se había convertido repentinamente en un hombre avaricioso, dejó ahora también de repente de serlo. Si con su primera actitud no recibió más que desprecio, no recibió con la segunda, sin embargo, el aprecio que cabría esperar. Pagó a sus vecinos de la pequeña aldea montañosa los daños de las

cosechas destruidas, pero solo dos de ellos acudieron para agradecérselo. Él no dio mucha importancia a este hecho, puesto que su única preocupación era ahora guiar a Ditha en el sorprendente mundo de la visión. Ninguna otra preocupación le había aportado jamás tesoros tan inenarrables como esto. Parecía como si la Naturaleza quisiera otorgar a este hombre todos sus dones, alegrías y goces, en grado desmesurado, pero también sus dolores y tristezas.

Él, que había sabido encajar todos los golpes de la vida con gran firmeza de ánimo, no quiso someter los ojos de su hija bruscamente a la luz, sino que intentó que saliesen poco a poco de la oscuridad. En los primeros tiempos los sometió permanentemente a la penumbra, de manera que él pudiese ahora gozar por primera vez, y de forma más íntima e interna, de esa progresión educadora de la mirada que otros padres no disfrutan, o que, sencillamente, queda diluida en una dispersión de múltiples instantes que se les escapan. En efecto, a muchos de ellos les pasan a menudo inadvertidas aquellas cosas que son a veces grandes y maravillosas; cosas que a un nuevo pequeño burgués se le van ofreciendo sucesivamente como los goces del mundo entero. Abdías tenía ya los cabellos totalmente blancos; el esfuerzo, el sufrimiento y la vejez habían dejado impresa la huella de la decadencia en sus facciones. Surgió de ahí un conmovedor contraste porque un pequeño y bello ángel parecía comenzar a acompañarle y a vivir a su lado, mostrándole cada vez más visiblemente lo más bello que el hombre puede poseer: el corazón.

Siete años más vivió su niña en este mundo, poniendo su esperanza en él. Así como se cuenta de aquella fabulosa flor que necesitaba muchos años para crecer y que luego, en pocos días, se desarrollaba en toda su plenitud —abriéndose en un repentino y esplendoroso estallido de flores—, así sucedió con Ditha. Desde que se abrieron las flores de Ditha y Abdías, irrumpió en un abrir y cerrar de ojos toda una primavera en su entorno. La joven mariposa del alma de Ditha extendió de una vez y para siempre sus alas, plegadas durante años; los segundos volaban como pequeños y brillantes rubíes. En cada instante latían mundos enteros y cada uno de esos primeros días estuvo cargado de esa intensidad a la que Abdías sometía a Ditha para que se produjera el maravilloso descubrimiento de la visión. Tan maravillosa e incomprensible es la fuerza y el poder del sacrosanto misterio de la luz, que también su cuerpo cambió: las mejillas enrojecieron, los labios florecieron y, en el transcurso de algunas semanas, la niña empezó a crecer de forma notoriamente más rápida. Era verano, y el tiempo era bueno y cálido. De ordinario ella no quería quedarse en su cuarto, sino correr una y otra vez por los prados bajo el cielo azul para no perderse ni un instante del nuevo mundo que había obtenido. Durante la primera noche, la pobre había creído que se había vuelto a quedar ciega. También era deliciosamente conmovedor ver cómo ella no alcanzaba a comprender cómo podía tocar todo con su pequeña mano: un trozo de muro, un árbol o cualquier otra cosa que ya formaba una parte importante de su pequeño mundo.

Abdías no se apartó ni un instante de ella; le mostraba las flores, los colores, los animales, las estrellas. Le enseñaba a Ditha las palabras que representaban cada cosa. Su único temor era que, por su excitación, ella pudiese enfermar y morir. Pero ella no enfermó ni murió, sino que, por el contrario, cada día florecía con más esplendor. Tan bella llegó a ser que hasta todos los que detestaban al judío contemplaban con visible placer el inocente rostro de su hijita.

Los ojos que antes habían contemplado imágenes tan terribles pasaron a ser ahora humanamente amables y confiados: empezaron a adquirir expresividad y en ellos se reflejaba tanto alegría como asombro o curiosidad. Ella miraba con amor, entusiasmo y deleite los rasgos de Abdías. Entre todos los seres de este mundo, solo a ella no le parecían horribles. Al igual que el mundo exterior era hermoso a los ojos de ella, también Abdías lo era para su corazón. Y aún más hermoso en la creencia de que era él quien le había regalado toda esa maravillosa realidad del mundo exterior.

Así pasó el verano, y así transcurrió también el triste invierno. Y así otros muchos veranos e inviernos. Ella seguía creciendo y floreciendo. Solo había dos aspectos en los que se mostraba totalmente singular y distinta de los demás. El primero se refiere a una extraña atracción que sentía hacia las tormentas; algo que sucede rara vez, y que también Abdías había experimentado en su juventud, si bien había dejado de sentirlo con el correr de los años. Esto se comenzó a advertir desde aquel día en que el rayo afectó de manera tan repentina y radical a su sistema nervioso. Así pues, en los días tormentosos o aun en aquellos en que simplemente amenazaba tormenta, Ditha se mostraba no solo más viva, sino también más alegre; hasta llegaba a parecer que deseara intensamente que estallara una tormenta. Una vez, en la oscuridad de una noche muy tormentosa, Abdías advirtió que, cuando ella estaba asomada a la ventana contemplando los lejanos relámpagos, un ligero y tenue nimbo de luz rodeaba su cabeza. Los lazos de seda con que ataba su cabellera se erizaban. Abdías, sin embargo, no sintió temor, y ello porque él mismo había experimentado este fenómeno en su juventud y aun después; ante cualquier excitación fuerte o conmoción le sucedía posteriormente lo mismo, aunque sin particulares consecuencias.

A partir de aquella noche percibió en ella esto mismo en dos ocasiones más, pero no lo habló con ella. Algo parecido sucede también en algunas flores: en noches de atmósfera pesada, cuando en el aire se percibe la tormenta, surge de repente de su corola una ligera y tenue llama; aparece entonces sobre ellas una especie de resplandor. Pero este fuego no perjudica o daña ni a las finas hojas ni a los delicados tallos. Y hasta puede afirmarse que estas flores son, habitualmente, las más bellas.

Lo segundo que diferenciaba a Ditha, haciéndola singular y distinta, era una consecuencia natural de su propia vivencia y del desarrollo de su alma solitaria e introvertida. Así como en el resto de los seres humanos el día y la noche se distinguen claramente, en ella se entremezclaban. Cada una de sus largas noches se había prolongado en los días que las sucedían, de modo que las arbitrarias imágenes de su mundo interior —incomprensibles para los demás— se mezclaban ahora con las reales de su mundo exterior. Surgió así un ser soñador, alejado de la realidad; y surgió así también una forma de pensar y de hablar que para los demás era tan extraña como si estuviesen ante una flor que hablase. Por esta causa, ella se encontraba a gusto sola o con su padre, que tenía un maravilloso instinto para comprenderla. Otro signo de esta vida soñadora era que no gustaba de los colores vivos y cálidos, sino más bien de los fríos y oscuros. El azul era su color preferido; estaba subyugada por este color. Tanto que una vez, cuando vio cerca de su hogar una llanura florida, exclamó: ¡Papá, papá, mira, el cielo se une con las flores azules de los campos! Y hasta pidió entonces a su padre que la gente que trabajaba allí recogiera para ella un manojo de esas flores para llevárselo a casa. Pero él solo pudo prometerle que pronto tendría un ramo de flores azules semejante a los que brotaban en aquellos verdes campos.

En la primavera siguiente, cuando ya florecían en sus propios campos semejantes manojos de flores que él mismo había sembrado, Abdías la llevó al campo y le dijo que todo aquel esplendoroso cielo le pertenecía. Por aquel entonces, ella solía permanecer sentada horas enteras bajo el bello azul del firmamento, en el mar ondulante de aquellas flores azules, contemplándolas y escuchando su rumor. Conversaba con las moscas y otros animalillos que revoloteaban en torno a los azules y trémulos pétalos; y les hablaba sobre el extenso y negro manto de la noche, que nada tenía que ver con el manto azul del día. Después se iba a su casa; cortaba en el camino un ramo de esas flores azules —que hallaba entre las cosechas— a la espera de que por la tarde su padre le hablara de nuevo sobre aquel campo de flores, sobre sus idas y venidas y sobre todo lo que le sucedía.

Le gustaban tanto las campanillas de color violeta que no hacía caso de aquellas otras flores que se erguían con sus ardientes y vivos estambres. Su voz, que ya durante su ceguera prefería el canto al habla, se acostumbró pronto a un dulce y claro tono, alto y agudo. Y así vivió ella esa vida de visión y de ceguera; y así también se llenó el azul de sus ojos —como el de nuestro firmamento— de luz y de oscuridad.

Nos referíamos antes a los campos de Abdías. Sucedió que cuando Ditha pudo ver, él abandonó su febril trajín: el alma de su niña le había sido de nuevo regalada a Abdías, y él tuvo que entregar nuevamente a ella la suya. No se marchó de casa nunca más, sino que comenzó una nueva vida con ella y gracias a ella. Por mediación de un amigo comerciante, compró en el valle un trozo de tierra, hizo venir de la lejana ciudad a trabajadores —porque solo se había ganado antipatías de sus vecinos— y convirtió el terreno en cultivable.

Al año siguiente, en aquel lugar se mecía ya un campo de verdes trigales al viento. Cuando las espigas estuvieron amarillas, crecieron entre ellas las flores azul cian que tanto le gustaban a Ditha. Hortalizas y plantas de todo tipo ornaban también el pequeño campo de cultivo; dos peones con mulos lo trabajaban. Abdías estaba contento con el nuevo tipo de vida tranquila y laboriosa que llevaba. Detrás de la casa se terminó un jardín, que fue cercado por un muro y sembrado con flores de toda clase. Como Abdías cuidó mucho de ese jardín, allí florecieron al año siguiente; también puso arbustos para que diesen sombra. Ahora vestía mejor, aunque nunca se decidió a llevar indumentaria europea, sino que iba con un hábito talar, rico en pliegues. Cubría su cabeza con un pañuelo blanco del tipo que usan los árabes, y se dejó crecer la barba hasta el pecho.

Así transcurrió un año tras otro; sus cabellos se volvieron cada vez más blancos, pero él no se dio cuenta. Fuera, en el mundo, se sucedieron actos de guerra y de victoria; pero él los desconocía. Sus ojos —cerrados para el mundo— estaban solamente abiertos para la única flor de su vida, que crecía junto a él. Cuando, tras una larga noche, los ojos de Ditha se volvían a abrir, para él era como asistir a una nueva maravilla. A pesar de estar en mitad de Europa, a pesar de haber procurado para su hija una vida confortable, se sentía con la misma soledad que antaño cuando vivía en la ciudad en ruinas de aquel desierto. Europa le había decepcionado amargamente: él era como un árbol extraño en esta extraña tierra, y su hija, como una extraña manzana de ese árbol. Lo que se hacía, no lo alcanzaba a comprender; lo que veía, le era antinatural; las gentes no se le aparecían como personas sino como entes, unos iguales a los

otros. Todos parecían saber lo que tenían que decir o hacer, al igual que sus máquinas —que él también detestaba—. Todos hacían diariamente lo mismo, produciendo magníficos objetos que, al final, eran pura chatarra. Las mujeres jóvenes eran para él como la obra de un maestro relojero, que hacen todo lo que él ha concebido, pero inertes e inanimadas; de ahí que él las menospreciara profundamente. Pensaba en lo más íntimo de su corazón que su natural, cándida y cariñosa niña no tendría que convertirse en algo así; sin embargo, lo que ella fuera a ser, lo ignoraba.

Sencillamente dejaba que ella se desarrollara con naturalidad. Ambos comenzaron a resultar inquietantes para los demás; lo que hizo que terminaran por marcharse. En el valle se hizo entonces una calma africana. Como si creciese junto a enebros y alisos, Ditha fue para él como el delicado tallo de una planta de áloe del desierto. Él dejó crecer esta planta de áloe, pero conforme crecía, ya no pudo darle lo que su naturaleza necesitaba. Por esto, y porque la tierra era apacible, Abdías quedó únicamente al cuidado de lo exterior. Y así vivió él día y noche, de un modo apasionado: administró los bienes —que antaño había guardado para asegurarlos y cuidar de su fortuna—; construyó la casa y la decoró al estilo de los aposentos de Esther, su madre; colocó alfombras para que su pie caminase siempre sobre mullido. Con afecto y cariño buscó todo el bienestar y confort, para que ella estuviese colmada en su vejez; plantó y cuidó árboles en la pradera que había detrás de su casa, para que diesen sombra cuando ella se convirtiese en una anciana; cavó pozos y aljibes de agua clara y cristalina —ese incalculable y plateado tesoro del desierto que le había conducido hasta la caudalosa Europa, donde no se aprecia—. Aún más, con infantil ilusión llevó agua hasta zonas y rincones que ella probablemente no visitaría, lugares a los que no iría en años, pero que más tarde alegrarían su vida y le harían acordarse de él. Pensaba que cuando ella se hiciese mayor, hablarían tranquilamente, de modo que pudiese seguir viviendo razonable y sensatamente, aun después de que él hubiese muerto. Cuando imaginaba al futuro prometido de su hija, no podía sino pensar en una bella y oscura figura, que a él le fuera muy querido y que a ella le diese seguridad. Dado que se había traído hasta Europa el corazón de su patria, la única imagen que se le antojaba adecuada era la de Uram, que sería entonces para él como un hijo. Pero Uram había muerto, así que él no podía pensar en otra cosa sino en que ella floreciese y siguiese floreciendo hasta que se marchitase y muriese.

En los momentos de alegría desbordante era como si un ángel fuese a llegar alguna vez hasta ella para traerle un esposo, como les sucedió a Isaac y Jacob; de ningún otro modo podía suceder, puesto que ella misma no era otra cosa que un ángel. Y una suerte de querido y descuidado ángel floreció verdaderamente junto a su padre, completamente preocupado y meditabundo: él fue para ella tan bello y tan insólitamente cariñoso como un ángel. Padre e hija estaban solos en este mundo, porque sus propios servidores —que él había contratado—, le tenían cierta aversión a él y a sus modales aventureros. Cuando los servidores no estaban en el campo trabajando, permanecían casi siempre en su casita de sirvientes, que se hallaba detrás del jardín. Por otra parte, Ditha no tenía ningún maestro ni educador, puesto que su padre no había pensado en ello; es más, los odiaba. La doncella y sirvienta de la niña —que él trajo de la ciudad—, permanecía siempre sentada en el cuarto, cosiendo vestidos o leyendo; detestaba el aire y el sol. No obstante, padre e hija, por ser gentes del desierto, amaban el aire y el sol y estaban siempre fuera y juntos. Ellos, en cierto modo, se hallaban efectivamente solos en el mundo. Cuando lucía un sol ardiente, todos se refugiaban en casa, buscando la sombra. Ella, sin embargo, se sentaba en la tierra fuera bajo las hojas de las habichuelas, dejando que los rayos del mediodía cayesen sobre su cuerpo; hablaba consigo misma o cantaba quedamente extrañas canciones que inventaba ella misma y que no rimaban. Ataviado con su amplio hábito talar y sentado en una banqueta, Abdías las escuchaba con atención; su descubierta cabeza y su blanca barba brillaban ciegamente a la luz del sol. Cuando deambulaban por los campos, él le contaba leyendas árabes, le relataba las imágenes que guardaba del desierto y, como buitre del Atlas, parecía lanzar sus pensamientos de beduino sobre su corazón. No se percataba de que con cada uno de aquellos pensamientos y aquellas imágenes, destruía una parte de su futura felicidad.

A ella le gustaba sentarse a solas en los lindes de la cosecha, allá en lo más alto de la colina, de modo que las espigas cubrieran su cabeza. Allí hablaba en voz baja, muy baja, y dejaba caer las maduras espigas de la gramínea sobre la seda gris de su vestido. Escuchaba atentamente el susurro de las espigas o contemplaba las nubes. Esas nubes eran como barcos y, cuando estaban plateadas, les hablaba, cantaba o rogaba que descendieran.

El padre, que habitualmente llegaba después, era para ella como un inquieto compañero de juego que, debido a la vejez, se había convertido en un verdadero niño. Pero ella ignoraba todo esto y le contaba lo que las espigas, los animales y los vientos le habían dicho; después le conducía de la mano a casa. Conforme se fue haciendo más viejo, se volvió más débil y condescendiente hasta dejar que fuera ella quien se ocupase de todo y que, finalmente, fuese su dueña. Ella no se dio cuenta ni abusó de ello, porque le quería

de un modo indecible: tan indeciblemente que él era el único en toda la tierra a quien amaba. A pesar de haber crecido como una salvaje —como en realidad era su corazón—, una ingente bondad se alojaba en este corazón de mujer: frecuentemente se hallaba impelida por un amor desenfrenado e incontenible. En esos momentos cogía la anciana mano de su padre y presionaba suavemente sus dedos contra sus ojos, su frente o su corazón, puesto que, al no haber tenido madre, no conocía lo que era un beso. Al no ser agraciado, Abdías no pudo darle ninguna madre. Cuanto más puro, feliz y ardiente era el amor de ella, más sombrío, intranquilo y vacilante era el de él. Mientras Ditha no entendía lo que era la pérdida, él no pensaba en otra cosa día y noche. Durante el día no se apartaba de su lado y la cuidaba. Por la noche soñaba con ella: curiosamente se le aparecía como si fuese Deborah y, entonces, puesto que esta ya había muerto, su temor crecía. Cuando él por la naturaleza propia de la vejez no podía dormir, se levantaba una y hasta dos veces y se dirigía a su cama en las largas madrugadas europeas. Cuando veía que respiraba serenamente, con el aspecto de una esplendorosa rosa, salía afuera, juntaba las manos y daba gracias a Dios.

A veces, supersticioso, se desanimaba por la imperturbabilidad de su felicidad. En esos casos llegaba a hacerse daño, inmolaba algo querido o pedía a Dios que le sucediera una pequeña desgracia que acallase el destino, de modo que este no le deparase algo peor.

Así fue creciendo Ditha, y así como habían transcurrido para ambos los raudos y sombríos años del pasado, así volaron también para ellos aquellos años luminosos. Con catorce años pasó de ser una niña a esa plácida y delicada delgadez de aspecto y a esa languidez de la mirada que en todas partes es propio de la adolescencia y de la germinación de las doncellas (que, sin embargo, es muy peculiar en el clima y la raza de su estirpe). Todo su cuerpo se había estilizado y dejado en ella una expresión como de dulce sufrimiento. Así fue como ella despuntó y floreció para su futuro y desconocido prometido, que el destino le tendría reservado. Pero nos queda por contar quién llegaría realmente a visitarla y lo que sucedió después.

Ella tenía catorce años y era verano. La fama de la belleza de la muchacha se extendía por todo el país; a pesar de ello, misteriosamente, nadie acudía a verla. Como si fuera una maldición sobre la blanca casa del solitario valle, ningún vecino la visitaba nunca. El desconocido caminante que osaba acercarse a sus proximidades no se albergaba allí, sino que se limitaba a beber en la cóncava palma de su mano un trago del riachuelo; se refugiaba en una casa a dos millas más allá del brezal en donde se sabía que ella vivía. Y así, entre la soledad y la monotonía, floreció este milagro de Dios que era Ditha. Y así también se extendió a lo largo del país la variopinta leyenda de la muchacha, alterada y acrecentada como un cuento de hadas.

Una tarde había ido Ditha completamente sola a lo más alto de la colina del campo de trigo, que se acababa de segar. Allí crecía también un campo de lino, que ella misma había sembrado aquel año más tarde de lo acostumbrado y que quería visitar. Estaba completamente sola, porque los peones —que habían dejado atadas las gavillas— se habían apresurado a casa, porque amenazaba una gran tormenta. Nadie se había preocupado por Ditha; solo un sirviente, cuando llegó al jardín y encontró a su padre, le informó de que ella estaba arriba, en lo alto de la colina.

Abdías corrió campo arriba y, cuando pudo verla a lo lejos en el campo, bajo el cielo todavía azul, la llamó: «Ditha, Ditha, ¿por qué no has vuelto? Mira que el cielo va a arrojar mucha lluvia y te vas a mojar y enfermar».

«No me mojaré ni enfermaré, padre, porque quiero cobijarme en una casa igual a la que forman las gavillas aquí; quiero sentarme allí y contemplar cómo las nubes arrojan por doquier su lluvia contra los rastrojos, mientras que yo sigo calentita y seca».

El padre comprendió en el acto que esta sería quizá la mejor solución, puesto que las nubes venían con tanta rapidez que, antes de que pudiesen alcanzar la casa, rompería a llover de un momento a otro. Dado que no se fiaba del viento ni de la precariedad del refugio de la mies, Abdías trajo con sus propias manos aún más espigas. Cuando Ditha comprendió su propósito, le ayudó hasta que lograron reunir tal provisión que pudieran protegerse del temporal con un espeso muro de espigas. El conjunto era de una firmeza tal, que no habría sido fácil que fuese derribado por el viento. En el lado del este, Abdías dejó una abertura para que ella pudiese ver bien la caída de la lluvia y contemplar el desenlace de la tormenta. La cubierta para guarecerse de la lluvia estaba terminada, pero no se movía un átomo de aire ni caía una sola gota de agua.

Las espigas amarillas permanecían ante ellos inmóviles; en el azul del cielo, que se extendía sobre los campos, cantaba incluso una alondra, cuyo canto era interrumpido a ratos por truenos lejanos.

Ditha sentía su habitual fascinación por la tormenta y, mientras acariciaba las manos de su padre, dijo: «¡Mira qué bello, qué increíblemente bello está todo allí arriba! Todo esto me parece aún más maravilloso, padre, porque tú estás aquí. Quiero contarte ahora lo que yo meditaba cuando hace un rato estaba en los campos de lino. ¿No crees también tú que si las nubes hubiesen sido más densas habría sido una lástima?

Gruesas gotas de agua habrían caído y golpeado los débiles y finos brotes de lino. Cuando estaba allí pensaba en que esta planta es fiel amiga de los hombres. ¡Cuán apreciada es para el ser humano! Bastaría contemplar cómo esta flor tan querida, sostenida por tan verdes y delicados tallos, cuando se seca, suministra al ser humano las sedosas y plateadas fibras para la ropa —que es su auténtica morada desde la cuna hasta la tumba—. Es tan maravillosa su blancura que hace palidecer hasta la de la luminosa nieve; a los recién nacidos se les pone sobre su blanca tela, y con ella se envuelve su cuerpecito. El lino lo lleva también la novia y, ¡fíjate bien!, cuanto mayores son las montañas de nieve que forman las flores de lino, más riquezas traen consigo. Y también cuando morimos, nos envuelven en blancas mortajas de este lino».

Ella guardó silencio repentinamente, y a él le pareció ver refulgir a un lado de la mies un leve resplandor. Pensó entonces que ella había recobrado su halo luminoso, y ello porque ya un poco antes había advertido y contemplado cómo se erizaba su cabellera. En esta ocasión, sin embargo, ella no mostró su halo de luz. Al volver a observarla con mayor detenimiento, todo había pasado. Solo un corto y sordo chasquido siguió al resplandor. Ditha inclinó levemente su cuerpo sobre un haz de espigas; entonces, víctima de ese rayo, murió.

No cayó ni una gota, solo las delgadas nubes se movían como velos extendidos sobre el cielo. El anciano no dio ni un solo grito; se limitó a contemplar fijamente aquel ser inerte que tenía ante sí, sin creer que fuese su propia hija. Los ojos de Ditha estaban cerrados; su boca, tan locuaz hacía pocos minutos, estaba cerrada. Él no experimentó conmoción alguna. Alrededor no corría la brisa y, a ratos, cantaba la alondra. Al cabo, él la cargó sobre sus hombros y la llevó a casa. Dos pastores, que le encontraron por el camino, se sorprendieron de verle avanzar así por aquella senda, con la cabeza y los brazos de la niña cayendo inertes a su espalda.

Aquel nuevo e inesperado suceso y castigo corrió rápidamente de boca en boca por todo el país, pero nadie acudió a visitar a Abdías. La blanca casa se había convertido en un lugar de espanto. Solo al tercer día aparecieron compatriotas suyos y confirmaron la defunción.

El único rayo de aquella tormenta había acabado con la vida de la niña, separando a estos dos seres y apartando de Abdías toda clase de bendiciones. Así como antaño una tormenta había traído la luz a los ojos de Ditha, otra, —que había concluido con una bella puesta de sol en el oeste y un arco iris en el este—, los había cerrado para siempre.

¿Qué sucedió luego con Abdías? Los primeros días le abrigó la benéfica nube de la locura; más tarde, cuando su mente retornó a la realidad, se sentó delante de su casa, para contemplar el sol. Permanecía todo el tiempo en silencio. Y así pasaron los días.

¿Qué sucedió después? Es breve y fácil de contar, pues sucedió lo que tenía que suceder. Abdías ya no tenía nada que hacer salvo aguardar su propia muerte. Pero sucedió que todavía tardó mucho en morir. Hasta que no hubieron crecido praderas y flores en torno a los restos mortales de Ditha, hasta que todos los campos —que él había cuidado y cultivado con tanto amor para ella— no fueron otra vez pasto del abandono, hasta entonces, y aun bastante después, el desanimado anciano se sentó ante su casa. Las gentes le veían como un animal de rapiña africano.

Añoraba el desierto, pero no tenía ánimo para emprender ese viaje. Y así pasó un verano tras otro, un invierno tras otro. Y así lo encontramos nosotros cuando fuimos a visitar a nuestros amigos del valle y a describir aquellos lugares. Por aquel tiempo tenía un viejo servidor y una criada. Ambos —como su amo— nos miraron con sorprendidos ojos cuando solicitamos y preguntamos por alimento y cobijo. No obstante, después nos llevaron al interior de la casa y nos condujeron a una espléndida habitación y hasta tuvimos que acceder a que Abdías nos lavase los pies. Después nos agasajó y nos dio de comer en abundancia. Cuando nos despedíamos, nos bendijo y, al alejarnos de allí, alzó efusivamente los brazos para decirnos adiós.

Treinta años vivió Abdías todavía tras la muerte de Ditha y, al ser muy anciano, se volvió otra vez muy bello. La primitiva excelsitud y magnificencia de sus rasgos retornó a su rostro. Y así transcurrió un año tras otro, sentado ante su casa y rezando a Jehová, mientras jugaba bajo el resplandor del sol con los pliegues de su vestimenta.

Cuando ya había cumplido noventa y siete años, dejó un día de lucir el sol para él en aquel lugar, ahora completamente vacío. En torno a la sepultura de aquella colina empezaron a crecer pronto las primeras hierbas.

Cuando visitamos de nuevo el valle, él había muerto hacía ya tres años. El actual propietario, un amigo comerciante, nos acogió gratuitamente y nos dijo que era él quien había heredado la hacienda, que se habían construido algunas chozas alrededor y que esperaba que el valle fuera cultivable en pocos años.

Y así finaliza el tercer y último capítulo de la vida del judío Abdías.

NOTA A ESTA EDICIÓN /

POSTFACIO

NOTA A ESTA EDICIÓN

(*Relativa a la versión alemana*
que se ha utilizado para la traducción)

Un foro de publicaciones para jóvenes autores todavía desconocidos eran en el segundo cuarto del siglo XIX los *almanaques*, los *libros de bolsillo* y los *anuarios*. También Adalbert Stifter
(1805-1868)
, genuino representante del *Biedermeier*[1]; austríaco, utilizó, a partir de 1840, esta plataforma para la publicación de sus narraciones. Por otra parte, con sus treinta y cuatro años de edad, él era ya un debutante literario relativamente considerado. No solo por su algo avanzada edad es por lo que disponía de poco tiempo para darse a conocer en este foro, sino también porque apenas era considerada la tradición de los *almanaques* y de los *anuarios*, después de la Revolución de 1848. A pesar de todo, Stifter consiguió publicar en este corto período de tiempo —de ocho años— más de veinte narraciones que, en contraposición a las versiones más amplias (tal y como aparecen en los tomos denominados *Studien* por su propio autor) recibieron la designación de versiones originales o periodísticas.

También el relato *Abdías*, que surge supuestamente en 1841, y que en el conjunto de la obra de Stifter parece un relato un tanto exótico, no constituye, sin embargo, una excepción a este esquema por lo que se refiere a la estructura lógica de sus publicaciones. Sobre el origen de esta obra poco se puede decir a causa de los escasos testimonios epistolares. En todo caso, se sabe que Stifter recibió la cantidad de veinticinco ducados por el manuscrito de su relato, y que ya aparecía impreso y editado a finales de 1842, aunque datado en 1843, en el *Österreichischen Novellen Almanach* de Andreas Schumacher en Viena. En los años
1845-46
comenzó Stifter la elaboración del relato para la edición de los *Studien*, en cuyo cuarto volumen apareció, en 1847, junto a *Das alte Siegel* y *Brigitta* (cf. Dtv. Bibliothek der Erstausgaben 2608).

El texto original de la edición alemana del relato *Abdías*, que hemos traducido al castellano, sigue la primera impresión de 1843 —aparecida en Viena— del *Österreichischen Novellen Almanach* en edición de
Tauer &
Sohn, Schulhof Nr. 413, correspondiendo a las páginas
281-340
, y con idéntica ortografía y signos de puntuación. Otros datos de la versión alemana, puestos entre comillas o con asterisco, son conjeturas, añadiduras o aclaraciones por parte del editor alemán que ni han afectado a nuestra versión castellana ni hemos considerado oportuno tenerlas en cuenta en nuestra traducción.

POSTFACIO

Dentro del universo de su obra, el propio Adalbert Stifter, en una carta fechada el 17 de julio de 1844, hace fijar nuestra atención de un modo especial sobre el grandioso y esplendoroso carácter sombrío de su protagonista en su última narración *Der Hagestolz (El soltero),* recientemente terminada de escribir. Igualmente cabe decir acerca del carácter del héroe de la narración que lleva por título *Abdías*, supuestamente escrita en 1841. Sombrío y esplendoroso es también este personaje y muy oscuro el tono y el timbre de esta historia. En ambos casos, al final de la historia, un hombre viejísimo está sentado ante su soledad. «*El anciano está sentado solo y abandonado en su isla*», así termina la narración *Der Hagestolz* (*El soltero*) en la versión periodística. Y sobre Abdías se nos informa así en el final de sus días:

> «*Y así transcurrió un año tras otro sentado Abdías solo, delante de su casa y rezando a Jehová, mientras jugaba bajo el resplandor del sol con los pliegues de su vestimenta. Y cuando ya había cumplido noventa y siete años de edad, un día el sol no lució ya más para él en aquel lugar, ahora, completamente vacío. Y alrededor de la sepultura de aquella colina empezaron a crecer pronto las primeras hierbas*».

Tan análogas parecen también ambas figuras, que no deberían de poder diferenciarse demasiado. Lo mismo debería poderse decir de las maneras narrativas de ambas historias. Pero esto no es así. La primera, *El soltero*, finaliza, pese a la lobreguez en torno a la figura del protagonista de su título, como buena comedia de final feliz, con una boda del «antagonista». La otra historia parece perderse en el callejón sin salida de la desesperanza, especialmente después de que la «contrafigura» de Abdías, su hija Ditha, haya muerto. Al lado de la impresionante figura arcaica de Abdías, parece al final no haber espacio para nada ni para nadie más, mientras que la chapuceramente sentimental vida del extravagante tío, protagonista de *El soltero*, tiene que competir casi al final de la narración con la paralela historia del personaje de Víctor.

Esta narración, *Der Hagestolz (El soltero)* de Stifter, podría muy bien por ello haberse inclinado también directa y muy justificadamente por buscar un título que simbolizara la figura del personaje de Víctor, dado que se apoya muy firmemente en este personaje, el del «vencedor». Por lo demás esta se concentra —lo que afecta a las coordenadas de su sistema narrativo— en un relativamente abarcable período de tiempo (desde medio año hasta tres o cuatro años a lo sumo), y un considerablemente estrecho horizonte de espacio. Este horizonte está limitado regionalmente y abarca desde Viena hasta el lago Traunsee.

Muy otro es el espacio y el período de tiempo que abarca a manos llenas la difundida historia alrededor del ser humano de Abdías, el siervo de Dios, que no emerge de ninguna manera como una comedia, porque posee el carácter y la forma de las narraciones bíblicas proféticas. Su fortuna no era en último término previsible, no obstante obtuvo inmediatamente un éxito resonante. El 27 de enero de 1843 sentenció Joseph Freiherr von Zedlitz acerca de la narración en el periódico *Allgemeinen Zeitung* con estas líneas: «Pertenece en concepción y exposición, particularmente en su primera mitad, a lo más bello que la nueva literatura germana ha ofrecido en la rama de la novelística». Algo semejante no se dijo de todas las obras del oscilante representante entre pintura y literatura del *Biedermeier* austríaco. Ya antes o justamente entonces, a raíz de este título de éxito, se llevó a cabo, convenientemente confusas, las ordinarias clasificaciones en las tradicionales materias y ramas de la Historiografía de la Literatura. Si Stifter es foráneo o exótico en sus expediciones literario-lingüísticas, lo es especialmente aquí en este relato, y en la versión original o en la versión periodística aún más que en la versión impresa para libro, puesto que a la inmediatez y arcaísmo de

la versión para periódico se recubre con elevada profusión de texto, no siempre en su beneficio.

La vida de Abdías transcurre a través de inconmensurables saltos. Su autor no tiene la intención de atrapar necesariamente al lector, ofreciéndole simplemente estructuras de suspense y de lógica. Lo inconmensurable responde a la economía narrativa de Stifter; narrativa que es sencillamente, por contra, no económica en el sentido de la tensión y del suspense. Por un lado Stifter permanece en una constancia de las acciones ordinarias y cotidianas, por otro, enlaza amplios y largos nudos que hablan directamente de una burla del lento *tempo* narrativo. Increíbles saltos en el tiempo de la historia engendran y generan lo lapidario y lo lacónico de esta narración en torno a una figura que inequívocamente reproduce la figura bíblica de Job.

Así como ningún dios en lo alto parece velar por este, tampoco nadie parece preguntarse por Abdías.

> «*No resplandezca sobre él un rayo de luz. Apodérese de él oscuridad y sombras de muerte, llénelo de terrores la negrura del día.*» (Job, 3, 4-5)

A pesar de ello, Abdías no es ningún Job moderno. Es una persona que sufre, que aguanta y soporta, y no porque sea un pecador, sino precisamente por lo contrario, porque es un hombre piadoso y honesto. Esto no se deja manifestar claramente en Abdías, si bien ello no quiere decir de ninguna manera lo contrario. No obstante, las interpretaciones del texto han intentado, una y otra vez, encontrar la solución del secreto del texto de Abdías a causa de ello, empeñándose en hacer de este sufridor un trágico héroe moderno. El destino de Abdías debe responderse a través de la culpa y de la pena con palpables muestras explicativas de ello. Pero estas no provienen directamente de la precaria situación, ya que el destino de Job no se representa por ninguna palpable muestra de culpa y pecado, sino que se originan por la merced o la arbitrariedad del Dios que apuesta con el diablo. Esto burla toda racionalización, porque tanto la historia de Job como la de Abdías no demuestran otra cosa que lo irracional, aun cuando semejante arbitrariedad no llegue nuestra incapacidad a comprenderla.

Por otro lado sobreviene en Abdías, en contraposición a la figura de Job, todavía una mayor dificultad de comprender lo que le acontece que a este, porque mientras para este los enigmas de su Dios son inescrutables, Abdías ni tan siquiera dispone del consuelo, aunque sea incomprensible o, al menos, arcano, de un Dios de eternidad. Así es también lo «inexplicable» la palabra clave del preámbulo.

A decir verdad la descripción del «brazo invisible de trágica nube» que «provoca ante nuestros ojos lo incomprensible» parece suponer, más que un motor de fatalidad, un sujeto que lo mueve; ello se deduce, al menos, de semejantes «actos divinos».

> «*Y no puede librarse de la idea de que somos atacados por un brazo invisible que surgiera de una trágica nube y realizase ante nuestros ojos lo incomprensible para luego recaer en un todo tranquilo e ingenuo como antes. Sería el caso, por ejemplo, de un torrente que se precipitara con estrépito en el espejo plateado del agua y en la que un niño cayese; que el agua se arremolinase dulcemente en torno a él sobre sus rubios rizos, que el niño desapareciese y de nuevo reapareciera el tranquilo espejo del agua en la naturaleza. O también, el caso de un beduino que cabalgase bajo las oscuras nubes de su cielo y sobre la dorada arena de su desierto y le cayese un rayo luminoso sobre su cabeza, sintiendo en su cuerpo una sacudida eléctrica y escuchando todavía —ya casi inconsciente— los truenos y, luego, nada más*».

Alrededor de esta absurda «incomprensibilidad» no hay nada más. Stifter ha declarado en *Abdías* el final del Job bíblico como inválido. En verdad la introducción depara una forma sustitutiva de muestra explicativa, pero ha devenido en un modelo, cuanto menos, obsoleto. Es la famosa *aurea catena homeri*, cuyo trivial y racional optimismo aclaratorio es vendido por Stifter como una decorativa guirnalda de flores del *Biedermeier*, cuyo precio de venta no obstante es fijado más bien bajo. Los interrogantes, que se producen como conclusión de la reflexión, alimentan semejantes conjeturas, que no amplían el significado de la historia ni hacia delante ni hacia atrás.

Así no hay nada más allá de extraño que la fórmula final de la reflexión preliminar, como naturalmente también la propia narración, en un duro rechazo de todo consuelo que desmiente de un modo radical aquella imagen de la alegre guirnalda de flores de causas y efectos, a las que la infinitud del universo contempla en conjunto hacia el lejano futuro de un modo razonable. Ni a través de la razón, ni aun menos por medio de una palabra de fe o ni siquiera aunque fuese solo por medio de una señal de moderada

confianza, nada; solo percibimos que el lector es arrojado sin más en el laberinto de la auténtica historia. Es abandonado solo, dejándole únicamente con la meditación sobre prudencia, destino y última causa de todas las cosas. El lector no tiene nada en la mano, excepto la historia misma. Esta evidentemente es totalmente distinta que una típica historia de los *Biedermeier*.

El lector lo pasa mal, al igual que nuestro héroe. Abdías procede de un pueblo que desde hace cuatro mil años comparte el desierto con el chacal. Salvo que el muchacho procedía de rica familia y que creció en la abundancia, no tenía el muchacho nada más ante sí:

> «*… y el muchacho no tenía nada en lo que su espíritu pudiera desarrollarse, salvo el ancho cielo sobre sí, que él tenía por el manto de Jehová que había creado las montañas, las nubes y todo lo demás, y cuyos hijos se reunirían con él algún día para la gloria eterna*».

De este paraíso es despiadadamente expulsado y se ve repentinamente arrojado a la implacable ley del desierto. Tiene entonces que afrontar la demostración de su capacidad, aquello que el Antiguo Testamento denominaría como su predestinación.

Esto lo logra de un modo sobresaliente. Después de quince años retorna de nuevo a la casa paterna como un comerciante muy rico. Toma como esposa a la bella Deborah y, como Job en el cénit de los inescrutables designios de la divinidad, es también arrojado a las máximas profundidades, de las que es sacado de nuevo de forma milagrosa por medio de su hija, la ciega Ditha.

A su vez, él renuncia a la venganza contra el mezquino mensajero saqueador y parte hacia Europa para dedicarse al cuidado de su hija. Naturalmente Abdías no actúa como sería lo adecuado siguiendo las pautas sentimentales de la moral filistea al uso, aunque se halla desde luego sumamente alejado en todo su actuar de actos de insondable maldad o de negra criminalidad. A semejanza de la figura de Job en la literatura alemana, o como el Fausto, se ve constantemente impulsado, si bien errando entre los laberintos de la vida, a dar una correcta orientación a su vida.

Abdías vuelve a ser otra vez feliz. Ditha, a sus siete años de edad, alcanza la visión de sus ojos por la virtud de un rayo que cae sobre ella y florece como la más bella de las hijas, convirtiéndose en una joven, abriendo así múltiples caminos en diversas direcciones al sentido de la historia. Después de otros siete años, aquella inocente criatura, que había hecho tantos progresos, es alcanzada igualmente por otro rayo tan poderoso como el que le dotó de visión pero, esta vez, mortal.

Tal y como Abdías, que se hallaba junto a ella, preveía:

> «*… ya todo había pasado. Solo un corto y sordo chasquido siguió al resplandor. Luego Ditha reposó débilmente su cuerpo sobre un haz de espigas y murió*.
>
> *No cayó ni una gota de agua, solo las delgadas nubes se movían como velos extendidos sobre el cielo. El anciano no dio ni un solo grito sino que contempló fijamente aquel ser inerte que tenía ante sí, sin creer que fuese su propia hija. Los ojos de Ditha estaban cerrados, su boca, hacía tan pocos minutos tan locuaz, estaba cerrada. Él no experimentó conmoción alguna. Alrededor no corría brisa alguna y, a ratos, cantaba la alondra. Después él la cargó sin más sobre sus hombros y la llevó a casa*».

La historia ha terminado. El resto es solo silencio. Y uno se pregunta lo que el lector ha podido ganar a través de esta historia en relación a la reflexión preliminar que nos propone el autor.

Se coloca al lector en una posición en que las interpretaciones le dejan desconcertado, como también aparentemente le sucede al propio Stifter. Estas nos hacen creer que la historia del héroe del título es un inextricable entramado de culpa y destino y que el empeño en la germinación de su contrafigura, su Ditha, pese a asegurar afirmación de lo humano y humanización, esté abocado al fracaso.

Como respuesta a esta impotencia y desamparo y al amenazador silencio al que el mundo nos tiene ya de una vez por todas determinados de antemano y del que no se puede hallar salida en el férreo, legal e inexorable hado, se nos concede una tesis palpable. Se deja desarrollar en la cercana meditación del conocidamente considerado punto neurálgico de un texto. Semejante punto puede situarse no solo al comienzo de la narración sino también al final de la misma.

Solo a través de una corta, más bien indirecta reflexión, se dirige la historia hacia el final, retornando a la «cavilación» del comienzo. Versión en libro y versión en periódico se diferencian en algunos detalles. La calificación digamos del *infeliz final* a través del rayo como nuevo «asombro y castigo divino» muestra en la versión en libro, a través del apéndice —como los editores lo llaman—, a los pastores que contemplan al

consternado padre, marchando a casa con su hija muerta, llevándola a sus espaldas. El narrador se descarga así con ello y desestima por su parte una valiosa toma de postura. El destino de Abdías, la interrogante de la culpa y del pecado —así debe proclamarlo bien claramente la versión— no se sitúa así para una instancia objetiva. Lo trágico no es por consiguiente ninguna cualidad de la historia; esta, la historia interior, tiene, en todo caso, un triste final.

Existe también una historia paralela. Hasta ahora había sido pasada por alto de un modo reprensible y de ello no era del todo ajeno el propio Stifter, ya que él mismo lo había ocultado expresamente en la versión para libro y por ello también para los lectores intérpretes que en su mayoría leyeron esta versión y solamente esta. En principio, no obstante, está allí de algún modo presente y sus coordenadas no han sido suprimidas.

En una atenta lectura del texto, que puede verse cogiendo una buena página impresa del texto que correspondiera a los treinta y tres años después de la muerte de Ditha, se aclara de manera sorprendente lo que acontece. Comparado con el «feliz final» de Job, gracias a la infinita sabiduría de Dios, el destino de Abdías podría parecer desesperado y cruel. En definitiva, a Job, Dios le hizo justicia finalmente con una bendita y bondadosa predestinación, recobrando, pero multiplicadas incluso, todas sus posesiones, entre las cuales habría que añadir mujeres e hijas, así como también una larga longevidad y muchos descendientes (Job,
42, 12-16)
. Pero, comparado con la vida del tío en la novela *Der Hagestolz (El soltero),* Abdías muere viejo, después de haber tenido una vida muy intensa. El destino del «tío» soltero es que no tenía destino alguno. Por el contrario, el destino de Abdías es haber tenido un destino; triste, ciertamente, pero destino, al fin y al cabo.

Por otro lado, existe otra diferencia aún más fundamental: en contraposición al anciano soltero, con su figura solitaria aislada en su isla, la esencia de Abdías expresa y nos muestra una imagen muy distinta y nítida y, cabría añadir con admiración, que ¡vaya imagen! No es una imagen propiamente contrapuesta a la figura protagonista de *Der Hagestolz*, sino «su» imagen en sí misma, la imagen de su obra, no solo como símbolo, como modelo o como ejemplo, sino la forma y manera propia y originaria de adquirir humanidad y de alcanzar esta humanización. En esta especificidad, el *Abdías* se distancia decididamente de su imagen paralela, la de la historia de *Der Hagestolz* (El soltero) y esto precisa una explicación más detallada.

Abdías no era una higuera estéril, por asumir la imagen central de la novela *Der Hagestolz*. Sea como sea, esta figura, la figura de Ditha, debe ser interpretada independientemente de que Abdías viviese treinta años más que ella. Y podemos añadir que Ditha fue y siguió siendo un consuelo para Abdías hasta la hora de la muerte de este, una vez que la nube de la locura en la que quiso protegerse, le abandonó finalmente. Y así no se sintió tan solo y tan abandonado como el personaje del «tío» en *Der Hagestolz*. Él se sentaba *jugueteando* con los pliegues de su túnica bajo los rayos del sol. Aunque él no hablaba, ni meditaba, ni se quejaba como Job, tan obtuso no podía ser como a veces con ligereza se afirma. Aún más, da la impresión de que el propio narrador de la historia —que no debería ser otro que el propio Stifter— encontrase a su protagonista, al final de la novela, muy cercano al idilio de Jean Paulscher en la obra *Leben Fibels*. El anciano que ora a Jehová no se inclina hacia la desesperanza ni se queda petrificado ante un fatalismo paralizante. No obstante, el protagonista mira al narrador, cuando este le solicita cobijo y alojamiento, con ojos asombrados:

> «*… después, no obstante, nos llevó al interior de la casa y nos condujo a una espléndida habitación y tuvimos que acceder a que él nos lavase los pies. Después nos agasajó y nos dio de comer en abundancia. Cuando nos despedimos, nos bendijo y nos saludó efusivamente con los brazos al alejarnos de allí*».

Cuando Ditha es fulminada por el rayo la segunda vez, la tormenta no produce daños, sino, ¡milagro!, bendiciones abundantes, haciendo brillar el arco iris en el cielo. En la Biblia constituye esto un signo de bendición, el signo de la Alianza entre Dios y los hombres. Traducido bajo el signo real de la predestinación, el relato se recubre con detalles de esta bendición. La tumba de Ditha se vuelve florida.

Y, aunque el tiempo de Dios no es el tiempo de los hombres, Abdías sigue orando. Amigable hospedaje, lavatorio de pies y bendición son una misma cosa, aunque otra cosa es que la hierba brote en su sepulcro y que, en la consecución del relato, como un feliz final, incluso el vacío valle, lo mismo que la tumba de Ditha, se conviertan en algo florido y lleno de frutos que adornan y embellecen *la blanca casa*. «Así acaba — dice en resumen el texto— la vida del judío Abdías».

Todos estos signos señalan hacia una misma dirección, dejando una huella hacia aquel «cielo» del principio bajo el cual el viejo Abdías se sentaba al sol, meditando durante treinta años; aquel cielo que él

consideraba siempre como el extremo del manto de Jehová, «que ha creado los montes, las nubes y todo el universo y que congregará a todos sus hijos en la Gloria Eterna». De ello el narrador no ha suprimido ni una jota, antes bien al contrario, lo ha certificado y constatado al final de su relato.

Sin duda alguna se producen otros acontecimientos más alegres y risueños, aunque también otros más tristes, trágicos y desesperanzados. Pero ¿qué interprete ha podido desplegar mejor la propuesta de expresar su existencia en una figura de semejante fuerza, tal que parece surgida más de las leyendas de los santos que de las imaginarias cámaras de tortura originadas en la filosofía de la Ilustración?

ADALBERT STIFTER (Oberplan, 1805 Linz, 1868). Escritor austríaco perteneciente al movimiento *Biedermeier*. Estudió en la Universidad de Viena y fue profesor e inspector de las escuelas de Linz. A pesar de los puestos que desempeñó, su vida estuvo llena de dificultades, contrastando con sus ideales de belleza, de armonía, de perfección moral y estética.

El autor que mayor influencia ejerció sobre Stifter fue el escritor alemán Jean Paul. En su obra literaria destacan de un modo especial los relatos breves, agrupados casi todos en seis volúmenes con el título de *Estudios*.

Las narraciones tempranas de Adalbert Stifter estaban impregnadas de un pesimismo básico; los seres humanos están expuestos a un destino arbitrario, casi demoníaco (por ejemplo, en *El monte alto* y en *Abdías*). Lo que preparan y planifican racionalmente se desarrolla de forma contraria y se convierte en fatal. Sin embargo, la obra tardía del escritor austríaco destaca por su armonía interna y externa. *Piedras de colores* y *El veranillo de San Martín* son sus obras más representativas.

Notas

[1] El *Biedermeier* es el nombre de un gusto, de una literatura, de una corriente figurativa y de un estilo ornamental que se desarrolló en la época de la Restauración en el Imperio Austriaco y el resto de Europa Central. Tuvo lugar desde el segundo cuarto del siglo XIX hasta mediados de ese siglo.

El término fue acuñado por dos escritores, Ludwig Eichrodt y Adolf Kussmaul, en algunas poesías satíricas publicadas por un diario de München en 1855. En los inicios del siglo XIX se dio el nombre de *Biedermeier* a un sobrio estilo de muebles y de decoración típico de Alemania, y, a continuación, el término fue aplicado por extensión a cierta pintura y literatura del mismo período, caracterizadas por el sentimentalismo, el intimismo y por una bondadosa sátira del mundo pequeño-burgués.

El adjetivo *bieder* (sencillo), originariamente usado como sinónimo de íntegro, honrado, fue trivializado por los contrarios a la política de la Restauración al ser una característica polémica de la burguesía conservadora y «apolítica». Suponía una desvalorización política, además de estética. Pero esta polémica desvalorización coetánea que se refleja en la historia de algunas palabras (por ejemplo, *Biedermann*), no es obligadamente equiparable con el denominativo de «época literaria» posteriormente utilizado. Este está tomado de la historia del arte, que describía con él sobre todo la cultura de vivienda y moda burguesa de la primera mitad del siglo XIX. En la historia literaria se introdujo inicialmente como denominación genérica para la época, limitándose posteriormente a las corrientes conservadoras de la burguesía.

El *Biedermeier* es expresión del retiro de amplios círculos de la burguesía, políticamente decepcionada y excluida de la colaboración responsable en el Estado, a la cotidianidad privada de la familia. Es un retiro resignado a la inactividad política, compensado por una nueva cultura familiar sensibilizadora, por un apartarse hacia actividades económicas reforzadas, y el recurso a ordenaciones tradicionales de valores. La conciencia de la contradicción entre la situación real y la exigencia ilustrada de emancipación política del burgués sigue viva. El *Weltschmerz* (dolor universal) que se escondía entre las proclamaciones literarias de silenciosa modestia y tranquila felicidad era, prácticamente, una moda de época, tanto más, había de superar la literatura de fragmentación experimentada; el amor por las cosas pequeñas, por el detalle, tenía que consolar de la impedida participación en la responsabilidad pública.

El *Biedermeier* es también la época del nacimiento del vodevil (Karl von Holtei,
1798-1880)
y de la comedia burlesca en Viena (Nestroy), Berlín (Kalisch, Angely), Hamburgo (Jacob Heinrich) y otras ciudades.

En cuanto a los géneros utilizados, prosperan el *Unterhaltungsliteratur* (literatura amena) y los géneros menores como los almanaques literarios, la novela corta, los relatos en verso, la *Dorfgeschichte* (historia lugareña), la balada y el cuento corto.

Los más ilustres representantes de este movimiento fueron los austríacos, Franz Grillparzer y Adalbert Stifter, y los alemanes, Eduard Mörike y Friedrich Rückert. < <